355

EL TEATRO.

COLECCION

DE

OBRAS DRAMÁTICAS Y LIRICO-DRAMÁTICAS.

EL CIEGO.

DRAMA EN CUATRO ACTOS.

MADRID.
IMPRENTA DE D. ANSELMO STA. COLOMA,
Calle de las Dos Hermanas, 19, bajo.

1860.

CATÁLOGO *de las obras Dramáticas y Líricas de la Galeria*

EL TEATRO:

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Ahogarse á la orilla.
Alarcon.
Angela.
Afectos de ódio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño,
Y caza de cuervos.
Y caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
Al pié de la letra.
Antiguos y modernos.
Aquí está un moso é verdá.
Abnegacion y nobleza.
Amores perdidos.
Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico.*
Batalla de reinas
Ber.a la flamenca.
Bienes mal adquiridos.
Baltasar.
Borómetro conyugal.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Cárlos IX y los Hugonotes.
Culpa y castigo.
Córte y cortijo.
Caza mayor.
Carnioli.
Cuatro agravios y ninguno.
Camino del matrimonio.
Duque de Viseo.
Dos sobrinos contra un tio.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
D. Primo Segundo y Quinto.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Dos artistas.
Diego corrientes, 2.ª parte.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
El amor y la moda.
¡Está loco!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El Niño perdido.
El Hipócrita
El cura de aldea.
El querer y el rascar...
El homb renegro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
Esperanza.
El anillo del rey.
El caballero feudal.
¡Es un ángel!
Espinas de flor.
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El Licenciado Vidriera.
¡En crisis!!
El Justicia de Aragon.
El caballero del milagro.
El monarca y el judio.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
Echarse en brazos de Dios.
El alma del rey García.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El jitano. ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El hijo pródigo.
El payaso.
El amor é interés.
Este cuarto se alquila.
El patriarca del Turia.
El rey del mundo.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo de Amberes.
El ciego.
El último vals de Weber.
El traspaso.
Escenas nocturnas.
El laberinto.
El gitano aventurero.
El solteron.
El vértigo de Rosa.
Echar por el atajo.
El reló de San Plácido.
El clavo de los maridos.
El bello ideal.
El hongo y el miriñaque.
El rey de bastos.
El trotegido de las nubes.
Fiarse en apariencias.
Furor parlamentario.
Faltas juveniles.
¡Flor de un dia!!!
Flor marchita.
Funesta casualidad.
Grazalema.
Gaspar, Melchor y Baltasar ó el ahijado de todo el mundo.
Glorias de España, o conquista de Lorca.
Glorias mundanas.
Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Herencia de lágrimas.
Honrado y criminal á un tiempo.
Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Jaime el Barbudo.
Juan sin tierra.
Juan sin pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.
José Maria.
Los amantes de Chinchon.
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos españoles ó la linda vivandera.
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero.
La hija del rey René.
Los estremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis.
La posdata de una carta.
Llueven hijos.
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La choza del almadreño.
Los patriotas.
Los amantes de Teruel.
La verdad en el espejo.
La Banda de la Condesa.
La esposa de Sancho el Bravo.
L boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvio.
La gloria del arte.
La Gitanilla de Madrid.
La madre de San Fernando.
Las flores de don Juan.
Las Apariencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Las dos reinas.
La libertad de Florencia.
La archiduquesita.
Las prohibiciones.
La escuela de los amigos.
La escuela de los perdidos.
La bondad sin la esperiencia.
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La vida de Juan Soldado.
Las querellas del rey Sabio.
La oracion de la tarde.
La llave de oro.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la caridad.
La cruz en la sepultura.
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajeno.
Los tres amores.
La mujer del pueblo.
Las carcajadas.
Las bodas de Camacho.
La cruz del misterio.
La pluma y la espada.
La barquera de la Finojosa.
La flor del valle.

[665:1]

EL CIEGO,

DRAMA EN CUATRO ACTOS,

Arreglado del francés á la Escena Española

POR

Don Laureano Sanchez-Garay.

Y

DON DIONISIO SCARLATIS,

MADRID:
IMPRENTA DE D. ANSELMO SANTA COLOMA,
Calle de las Dos Hermanas, 19, bajo.

1860.

La propiedad de esta obra pertenece á D. Alonso Gullon, editor de la coleccion de obras dramáticas y líricas tituladas EL TEATRO, y con arreglo á la ley de propiedad literaria, nadie podrá sin su permiso reimprimirla en España y sus posesiones, ni en los paises con que haya ó se celebren en adelante convenios internacionales.

Los comisionados de la misma galería son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

PERSONAJES.

ALBERTO MOREL.
Mr. DUPERRIER.
Mr. DARCY.
Mr. ROUSEAU.
REMY.
ARMANDO.
LUISA.
GENOVEVA.
SUSANA.
JULIETA. *Niña de 6 años.*
Criados.

Habiendo examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

Madrid 5 de julio de 1860.

El Censor de Teatros.

ANTONIO FERRÉR DEL RIO.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de Mr. Duperrier.—En el fondo la caja del dinero.—En primer término, dos bufetes, sillones, etc.—En el segundo á la derecha, una escalera de caracol que conduce desde la caja al piso segundo.—Los rayos de la luna entran por una ventana junto á la caja y alumbran la escena.

ESCENA PRIMERA.

REMY.

REMY. ¡Las cinco! Aunque lleguen ahora, mi trabajo está terminado. (*Limpiando el despacho y ordenando los muebles.*) ¡ Válgame Dios, y qué vida tan monótona se lleva en esta casa, desde que el señor Duperrier puso disimuladamente en la calle á su hijo! Este robaba sin compasion á su padre y... yo tenia que hacer la vista gorda, lo que me proporcionaba mis utilidades. No se parece el actual cajero á mi señorito. ¡Oh! el señor Alberto es laborioso, puntual, económico, y..... sin embargo ha principiado á trasnochar; ha venido á la madrugada y aun no ha bajado á la caja. Pero... gente se acerca.

ESCENA II.

GENOVEVA. REMY.

REMY. Señorita...

GENOVEVA. ¿Estás solo?

REMY. Enteramente solo.

GENOVEVA. Pues... Juraria que estabas hablando.

REMY. Hacia mis reflexiones en alta voz.

GENOVEVA. ¿No ha bajado todavía Alberto?

REMY. No.

GENOVEVA. ¿Está enfermo?

REMY. No; pero como se ha acostado tarde...

GENOVEVA. Se afana demasiado. ¡Es el señor Duperrier tan severo!

REMY. Sí, pero no le exigirá que pase las noches por esos mundos de Dios, y vuelva á casa á la madrugada.

GENOVEVA. ¡A la madrugada!

REMY. Sí tal, salió de toda gala... sin duda fué al baile.

GENOVEVA. ¿Al baile, estando de luto por su madre, como yo por mi buena madrina? ¡Oh! ¡Eso no es posible! Remy, subid á su habitacion; puede estar enfermo. (*Rouseau entra por el fondo.*)

ESCENA III.

DICHOS. ROUSEAU.

ROUSEAU. ¿Está visible Mr. Duperrier?

REMY. Mi señor siempre está visible para su notario.

ROUSEAU. Anunciadme.

REMY. ¡Al punto!

GENOVEVA. Y de paso sube al cuarto de Alberto.

REMY. Vendré á daros la contestacion.

GENOVEVA. Gracias, Remy.

ESCENA IV.

ROUSEAU. GENOVEVA.

ROUSEAU. Perdonadme, Genoveva, no os habia visto al entrar. ¿Ese Alberto de quien hablais, es uno de los dependientes del señor Duperrier?

GENOVEVA. Si señor; entró aquí hace cuatro meses, y hoy es cajero de la casa.

ROUSEAU. ¡Oh! es demasiado jóven para ocupar tal puesto... El cajero de esta casa maneja millones.

GENOVEVA. Alberto es muy digno de la confianza del señor Duperrier.

ROUSEAU. ¿Conocíais á ese jóven?

GENOVEVA. Desde niña.

ROUSEAU. ¿Es de vuestro país?

GENOVEVA. No señor; pero su madre fué á establecerse allí. Madama Morel vivia de su trabajo, y era viuda de un militar. Alberto, su único hijo, recibió, gracias á los sacrificios que ella se impuso, una buena educacion: tenia brillantes disposiciones para el dibujo, y todo indicaba que sería algun dia un artista distinguido. Hace tres años entré en uno de los primeros colegios de Lion, siguiendo el consejo del señor Duperrier, antiguo amigo de mi padre y á quien me acostumbraron á mirar como tutor. Un dia en nuestra sala de estudio, y en vez de nuestro anciano profesor de dibujo, ví aparecer á un jóven entre nosotras, y este jóven era Alberto: el discípulo llegó á ser maestro...

ROUSEAU. Veo efectivamente que le conoceis.

GENOVEVA. Durante un año asistió constantemente á la clase; mas la directora nos avisó un dia que la señora Morel, enferma de gravedad, habia llamado á su hijo, y Alberto no volvió mas. Juzgad de mi sorpresa, cuando al venir hace tres meses á casa del señor Duperrier, el cual dispuso para mi madrina y para mí una bonita habitacion, me encuentro cara á cara y en su escritorio á mi profesor de dibujo. Segun supe despues, por cumplir la última voluntad de su madre, abandonó la pintura y se dedicó á la teneduría de libros.

ROUSEAU. Segun eso, Alberto y vos sois amigos antiguos.

REMY. Aqui llega el señor.

GENOVEVA. ¿Y Alberto?

REMY. No está en su habitacion ni en la caja.

GENOVEVA. ¡Cielos!

ROUSEAU. ¿Qué teneis señorita?

GENOVEVA. Nada, nada... os dejo, caballero... (¿Qué habrá sucedido?) *(Vase.)*

ESCENA V.

DUPERRIER. ROUSEAU.

DUPERRIER. (*Sale por la izquierda.*) Buenos dias, señor Rouseau. ¿Recibísteis mi misiva?

ROUSEAU. Así es; y siguiendo vuestros deseos os traigo sesenta mil francos depositados por vos en mi poder... así como el pliego lacrado que debia indicarme el empleo de esta suma. Vos quereis preveer el caso en que la muerte venga á sorprenderos antes que vos mismo hayais dispuesto de esta suma. Ved aquí la cartera y el pliego cerrado.

DUPERRIER. Gracias.

ROUSEAU. Veo con alegría que vuestra salud mejora.

DUPERRIER. ¡Mi salud! Cada dia está mas alterada; y en verdad que la muerte no me asusta... ¡Sufro tanto!...

ROUSEAU. ¿Y siendo feliz, deseais la muerte?

DUPERRIER. ¡Feliz porque soy rico! La felicidad no consiste en el dinero.

ROUSEAU. Tenemos varias cuentas que arreglar, pues no quiero al dejar de ser vuestro notario ser vuestro deudor; por lo tanto...

DUPERRIER. ¡Como! ¿Ya no sois mi notario?

ROUSEAU. Vendí mi plaza, y salgo de Lion hoy mismo.

DUPERRIER. ¿Y os llevais á vuestra hija?

ROUSEAU. Si tal; vamos á habitar en Nimes y en la casa donde nací. Luisa, mi hija, vendrá ahora á buscarme y á daros la despedida.

DUPERRIER. ¿Con que partís hoy mismo?

ROUSEAU. A las dos; en breve la silla de postas vendrá á buscarnos á la puerta de esta casa.

DUPERRIER. ¿Podeis disponer de un tercer asiento en vuestra silla?

ROUSEAU. Con sumo gusto.

DUPERRIER. En ese caso me ahorrará el disgusto de un viaje: quiero confiar á Genoveva al cariño de vuestra hija.

ROUSEAU. ¿Genoveva se separa de vos?

DUPERRIER. La posicion de esta jóven, sola en una casa de tantos dependientes, abierta para el primero que llega, no es la mas conveniente; y he recordado que tiene un pa-

riente, el cual creyendo pobre á Genoveva jamás la ofreció su apoyo; pero ahora que una carta mia le ha hecho saber que Genoveva llevará consigo una pequeña fortuna, el buen hombre se ha apresurado á escribirme diciendo, que su mujer se daría por muy feliz teniendo á su lado á su sobrina. Genoveva pasará allí una existencia tranquila y modesta, y si algun dia se presenta una persona digna en solicitud de su mano, añadiré una dote regular á la suma de sesenta mil francos que la tenia destinada, y la cual recibirá al punto de marchar con vos.

ROUSEAU. Sesenta mil francos es cosa que merece tomarse en consideracion.

DUPERRIER. ¿Creeis que hago demasiado por ella? Dadme un último consejo; quiero hacer mi testamento; ¿qué parte de fortuna me autoriza la ley á distraer?

ROUSEAU. ¿Quereis sin duda desheredar á vuestro hijo?

DUPERRIER. Mi hijo es quien me asesina.

ROUSEAU. Exagerais demasiado las travesuras de ese jóven, y sois bastante severo con él.

DUPERRIER. Al contrario, el cielo me castiga por mi debilidad y mi indulgencia, las que han dado lugar á que mi hijo sea causa de mi tortura y de mi deshonra, si yo no hubiese sido rico como vos decís; si no hubiera tenido fortuna alguna que legarle al morir, tal vez habria pensado en creársela por sí mismo; así pues, amigo mio, no quiero tener ante mis ojos el triste espectáculo de un hijo ávido de goces y placeres, basados en la tumba de su padre.

ROUSEAU. Vuestro hijo viaja, segun creo por Italia. ¿No recibís cartas suyas?

DUPERRIER. Sí, cartas de pago.

ROUSEAU. Y vos tal vez...

DUPERRIER. Las he rechazado negándole cuanto me exijía. ¿Y sabeis cual ha sido su respuesta? Enviarme obligaciones suscritas con mi nombre y apellido, ¿comprendeis? No habia mas remedio que pagar ó deshonrar á mi hijo. ¿Y aun me creeis afortunado?

ROUSEAU. No mereceis tales tormentos... Vos, Mr. Duperrier, el hombre mas honrado que yo conozco!...

DUPERRIER. Así lo dice todo el mundo porque jamás falté á mi palabra ni á mi firma: porque soy un negociante integro... pero en mi conciencia no soy un hombre honrado...? Merece por ventura tal título quién pagó el esceso de amor y confianza de una jóven honrada, con la deshonra y el abandono? ¿Merece ese título quien mas tarde, encontrándose frente á frente de un hombre á quien habia locamente insultado, de un hombre que era el solo sosten de una familia, y cuya vida quitó á sangre fria, siendo así que su adversario no le pedia mas que una palabra de reparacion para tenderle su mano? Estas son dos acciones bien infames, ¿no es así? Ya veis que no soy tan honrado como se dice; así pues, os convencereis de que jamás podré devolver á la inocente Genoveva lo que la he arrebatado.

ROUSEAU. Segun eso, el hombre que matasteis en el duelo...

DUPERRIER. ¡Era su padre! (*Aparece Genoveva.*)

ESCENA VI.

DICHOS. GENOVEVA.

GENOVEVA. Aquí traigo la correspondencia.

DUPERRIER. ¿Cartas de Italia, quizás? No. Está bien, hija mia.

GENOVEVA. (Todavia no ha bajado.) (*Mirando furtivamente á la caja.*)

DUPERRIER. Genoveva...

GENOVEVA. Señor...

DUPERRIER. Sois en estremo afectuosa y buena, bien lo sé; os debo mas de un desvelo y solicitud; sin embargo, es preciso separarnos.

GENOVEVA. ¿Dejaros yo, y por qué?

DUPERRIER. Porque vuestra tia, de quien esperaba carta y hace poco la tuve, os reclama y anhela vuestra compañía.

GENOVEVA. ¿Y por qué accedeis con tal premura?

DUPERRIER. La razon y vuestro interés lo ordenan así. Yo soy ya un viejo achacoso, y el dia menos pensado os dejaria sin mi apoyo. Vuestra tia os recibirá con cariño, y Mr. Rouseau que sale con su niña, os servirá de

compañía hasta Nimes, en donde vuestros tios os saldrán á recibir. Es verdad que estaremos separados el uno del otro; pero jamás os apartareis de mi memoria. Andad, disponeos á partir. (*Estrechándola.*)

ROUSEAU. Sí, sí, porque á las dos es la cita.

GENOVEVA. ¡Tan pronto!

DUPERRIER. Antes de marchar nos volveremos á ver, hija mia. (*A Rouseau.*) Venid, tengo aun que consultar con vos una falta que ya sabeis debo reparar. (*Vánse.*)

ESCENA VII.

GENOVEVA. ALBERTO.

GENOVEVA. ¡Partir hoy mismo, Dios mio! Jamás pude pensar que abandonaria tan pronto esta casa... Y dentro de una hora, sin haber visto á Alberto, sin saber... ¡Oh! el es.

ALBERTO. Genoveva, ¿ha preguntado por mí Mr. Duperrier? (*Saliendo.*)

GENOVEVA. No, creo que no. (Que agitacion.) Sin duda Mr. Duperrier ignoraba... pero yo lo sabia y estaba inquieta.

ALBERTO. ¡Inquieta!

GENOVEVA. Por vuestra tardanza... y temia...

ALBERTO. ¿El qué?

GENOVEVA. El no poderos dar un adios.

ALBERTO. ¡Un adios!

GENOVEVA. Parto hoy mismo.

ALBERTO. ¿Vos, Genoveva?

GENOVEVA. ¡Vuelvo á Varangel!... A Varangel donde conocí vuestra madre, quien tanto amó á la pobre huérfana... allí ya no encontraré mas que una tumba.

ALBERTO. ¡Oh! ¿Y sobre esa tumba rogareis vos, no es así?

GENOVEVA. Sí, rogaré á Dios por ella.

ALBERTO. Y por mí.

GENOVEVA. ¿Por vos?

ALBERTO. ¡Nada! Olvidad lo que acabo de decir... Tengo perdida la cabeza... ¡Oh! Temo afligiros.

GENOVEVA. ¡Alberto! Cuando vuestra madre por primera vez me tomó sobre sus rodillas, me llamaba su hija... Pensad,

Alberto, que Dios que se llevó vuestra madre, os dió una hermana. ¡Oh! Decídselo todo á vuestra hermana.

ALBERTO. ¡Oh! Genoveva, la confianza que me exigis, no sé si se la hubiera hecho á mi madre; pobre señora, tampoco habria tenido mas que lágrimas que darme! El cielo al menos, la evitó el pesar de ver á su hijo deshonrado.

GENOVEVA. ¿Deshonrado vos?

ALBERTO. ¿No está deshonrado el hombre que adquiere una deuda que no puede pagar? Una deuda cuyo orígen no tolera tardanza ni plazos... Deuda vergonzosa... Deuda del juego.

GENOVEVA. ¿Vos habeis jugado, Alberto?

ALBERTO. ¿Sabía lo que hacia por ventura?.. Estaba loco... ¡Oh! Una vez que sabeis parte, lo oireis todo, Genoveva. ¿Pero vuestro corazon tan puro y tan sencillo, podrá comprender la tormenta que despedaza el mio? Me comprendereis cuando os diga que amo con locura... ¡Con frenesí!...

GENOVEVA. ¡Cómo! ¿Vos amais?

ALBERTO. ¡Genoveva!

GENOVEVA. Continuad, Alberto; el corazon de una mujer comprende todas las penas... Amais. ¡Oh! ¡Qué feliz debe ser!

ALBERTO. Ella ignora que yo la amo. Es de esa clase de criaturas que no admite del artista mas que el talento. Hace tiempo deseó recibir algunas lecciones de dibujo, y se dignó elegirme por su profesor. ¡Oh! Si vos supieseis lo hermosa que estaba inclinada sobre mi album, su rostro junto al mio y rogando á mi mano trémula dirigiese la suya incierta. Mas al poco tiempo la enfermedad de mi madre me obligó á abandonarla. Junto al lecho de la moribunda todo lo olvidé. ¡Hasta mi amor! Y por obedecer una voluntad suprema, rompí mis lápices y pinceles. ¡Creí mi amor muerto y solo estaba dormido! ¡Oh! Hace pocos dias la encontré; me pareció mas hermosa que nunca: desde este dia mi solo anhelo, mi única idea, mi pensamiento fijo fué verla; hablarla un instante, contemplarla mas de cerca. Supe que una de sus amigas, que tambien fué dis-

cípula mia, daba un baile. Ella debia asistir y yo estaba invitado, y fuí al baile.

GENOVEVA. ¿Y ella os conoció?

ALBERTO. Al punto, y me lo manifestó con una dulce sonrisa... Poco despues para buscar á su padre, que estaba en la sala de juego, aceptó mi brazo. Cansada del baile prefirió estar sentada al lado de aquel... Yo ya no podia alejarme de allí; y para justificar mi permanencia, yo que nunca habia tocado una carta, me senté á la mesa de juego de modo que pudiera verla sin que nadie me lo impidiera. Llevaba conmigo unos cuantos luises, los cuales puse á una carta, segun veia hacer á los demas. ¿Copa usted?, me dice uno, y sin saber el significado de la pregunta, contesto que sí. Se levanta Luisa y quiero seguirla... Caballero, me dicen deteniéndome, habeis perdido dos mil francos. ¡Dos mil francos! Cuando no poseia la vigésima parte de la suma. Mirad, me dicen, si quereis desquitaros, copad otra vez. Y sentándome junto al banquero, tiento de nuevo á la fortuna, y... tres veces me fué contraria.

GENOVEVA. ¡Dios mio!

ALBERTO. Aumenté mi deuda hasta diez y seis mil francos; y mi adversario me anunció que ya se retiraba, y que no me daba mas que una rebancha. ¡Oh! Todas las torturas del jugador las he comprendido en un minuto... ¡Una carta podia salvarme!

GENOVEVA. ¿Y bien?....

ALBERTO. Esa carta me perdió... Y mi deuda montó hasta treinta y dos mil francos. Yo me quedé inmóvil. Mi contrario se acercó y me dijo: «¿No teneis ahora esa suma? Tomad una targeta mia, y enviádmela cuando gusteis...» Aquel hombre que á costa de mi ruina duplicó su fortuna, se despidió de mí, confiado en mi palabra y en mi honradez. ¡Oh! Y esa palabra no puedo cumplirla, y mi honradez quedará mancillada. ¡Ah! ¡Genoveva! ¡Genoveva! He jugado mi honra, y perdido mi ventura.

GENOVEVA. ¿Y no podeís reunir esa cantidad?

ALBERTO. ¡Yo que nada tengo sino el fruto de mi trabajo, he de poder reunir treinta y dos mil francos! Apenas apuntó

el dia, salí en busca de un antiguo condiscípulo, el cuál mas de una vez me brindó con su fortuna... Pregunto por él, y me dicen que está de caza, pero que le esperaban hoy mismo. He escrito á mi acreedor pidiéndole algunos dias... Y si esto me falta...

GENOVEVA. ¿Se lo direis palabra por palabra al señor Duperrier?

ALBERTO. Primero me suicido.

GENOVEVA. Amigo mio; acordaos de vuestra madre y no desespereis de la bondad de Dios. Aquí viene Remy.

ESCENA VIII.

DICHOS. REMY. *Luego* LUISA.

LUISA. ¿Está aquí el señor Rouseau?

ALBERTO. ¡Esa voz!

GENOVEVA. (¡Es ella!) Sí, aquí está vuestro padre.

LUISA. (¡Alberto aquí!)

GENOVEVA. Y creo que os espera.

LUISA. Sí, para partir juntos.

ALBERTO. ¡Para partir!

GENOVEVA. Voy á decir que estais aquí. (*Váse.*)

ESCENA IX.

ALBERTO. LUISA.

ALBERTO. ¿Con que salís de Lion, señorita?

LUISA. Dentro de pocos instantes. Veo que no me ha engañado el que me dijo que habiais renunciado á las bellas artes, por seguir otra carrera. La que habeis elegido tal vez os conducirá al templo de la fortuna... y lo celebraré infinito; pero lo confieso ingénuamente, siento que hayais preferido el oro á la gloria.

ALBERTO. La gloria es muy dificil de alcanzar, señorita; y ademas la solicitud maternal me trazó el camino que debia seguir, y ese es el que he emprendido.

LUISA. ¿A disgusto, no es así? Si el arte no enriquece, con él se sueña en triunfos de gloria, que jamás proporciona el oro. Estos triunfos, señor Morel, podiais pretenderlos con justicia. Banqueros no faltan en Europa; pero

los grandes artistas son escasos en número. Los primeros tal vez ayudarán á la prosperidad del país; pero los segundos elevan su fama y le coronan de gloria.

ALBERTO. ¡Oh! Señorita.

UN CRIADO. El señor Rouseau os espera, señorita. (*Váse.*)

LUISA. Al punto voy. Morel, parto con la conviccion de que no habeis dado al arte el último adios. (*Váse.*)

ESCENA X.

ALBERTO, LUISA, REMY.

ALBERTO. Bien claro lo ha dicho. Al banquero favorecido de la fortuna, preferirá la corona del artista. ¡Tal vez hubiera yo podido ser ese artista! ¡Oh! Desdichado de mí; sueño y sueño en vano! (*Viendo á Remy.*)

REMY. (*Volviendo por el fondo*). El señor Julio de Rourray no volverá de caza hasta dentro de ocho dias. En cuanto al caballero que vive en el hotel de París, dice que siente en el alma no poder acceder á vuestros deseos porque sale de Lion esta noche, y solo podrá esperaros hasta las ocho.

ALBERTO. Está bien, Remy. (¡Oh! Ya no es la gloria la que me sonrie, sino la ignominia, la que me llama hácia sí.) Remy. (*Se pone á escribir.*)

REMY. Señor.

ALBERTO. Volvereis al hotel de París y entregareis á Mr...

REMY. Vauhelt.

ALBERTO. Esta carta que estoy escribiendo.

REMY. Como gusteis. (*Sale un criado con cajas y sombreras por la derecha, y con una maleta.*)

CRIADO. El señor Duperrier, pregunta por vos. (*Acercándose á la caja.*)

ALBERTO. Ahora subiré.

CRIADO. Remy, ayúdame á bajar las maletas y equipage de la señorita Genoveva.

REMY. Busca otro que te ayude, hago falta aquí.

ALBERTO. (*Solo.*) Si mi acreedor no tiene piedad de mi, (*escribiendo*) á las ocho le daré cuanto poseo... Mi vida. (*Cogiendo un legajo de papeles.*) Remy, ya está escrita la

carta, llevadla donde sabeis. Voy á ver al señor Duperrier.

REMY. Está bien. (*Mirando por la ventana.*) ¡Ya no está ahí Rudieu! Cuando vine de traer la respuesta al señor Morel, he visto al otro lado de la calle, embozado en una capa... el rostro del señorito... Pero no... no podia ser él... porque hubiera entrado.

ESCENA XI.

GENOVEVA. REMY.

GENOVEVA. ¿Donde está Alberto?

REMY. Acaba de subir á la habitacion del señor Duperrier.

GENOVEVA. ¿Habeis traido las respuestas que esperaba?

REMY. Si señora; pero no han sido nada agradables segun supongo. El señor Rourray no está en Lion, y el otro señor no le quiere esperar; ahora voy á volverle á llevar otra carta que ha dejado sobre el escritorio. (*Váse por el fondo.*)

GENOVEVA. Bendito seais, Dios mio: (*Espera solo un momento, y estrechando entre sus manos la cartera entregada por Rouseau á Duperrier.*) Vos que legais á la huérfana esta fortuna, en el momento mismo en que puede salvar al amigo de su infancia. Ese acreedor que no le quiere esperar, será pagado hoy mismo, y Alberto ignorará la mano que le salva. (*La coge y la mira.*) Veamos la carta. La oblea está fresca aun... Perdonadme, Dios mio. (*Leyendo.*) «Concededme ocho dias, sereis satisfecho del todo ó habré dejado de existir.» ¡Oh! No, no pobre Alberto, no morirás; vivirás para la que amas... ya que mi destino sea llorar en silencio. (*Metiendo billetes en el sobre y dejando la carta donde estaba.*) Bien lo decia yo. El que te arrebató una madre, te dejó una hermana.

ESCENA XII.

DUPERRIER, GENOVEVA, LUISA, ROUSEAU y REMY, *por la izquierda.*

DUPERRIER. Genoveva.

GENOVEVA. Aqui estoy ya.

ROUSEAU. (*A Genoveva.*) Querida mia, el coche está en la puerta.

REMY. (*Entrando por el fondo.*) Todo está corriente.

LUISA. Genoveva, el señor Duperrier, nos ha dicho cuanto os aprecia, y mi padre ha prometido ser vuestro protector... Así, pues, os ofrezco mi amistad.

GENOVEVA. La pobre huérfana se esforzará para merecer esa proteccion y amistad que la ofreceis. Perdonad las lágrimas que no puedo contener... No á todos es dado reprimir sus pesares.

DUPERRIER. No lloreis, Genoveva; desde que murió vuestra madrina, nada os obliga á permanecer aquí, ni aun el reconocimiento. Cuanto he hecho y haré por vos no será otra cosa que cumplir los preceptos de vuestro padre. A él solo dad las gracias y bendecid su memoria. A mí, Genoveva, nada me debeis, nada absolutamente.

GENOVEVA. Caballero... (*Besándole la mano.*)

DUPERRIER. ¡Qué haceis!

GENOVEVA. Bañar con mis lágrimas la mano que me ha sustentado y protegido.

DUPERRIER. (¡Oh! ¡La mano que la dejó huérfana!) (*Retirando la mano.*)

GENOVEVA. Yo rogaré por vos, mi padre adoptivo: por vos que me habeis amado como á una hija. (Y por aquel á quien amo... como una hermana...) (*Recordando.*)

REMY. Vamos de nuevo al hotel de París. (*Cogiendo la carta.*)

GENOVEVA. Y á quien tal vez salvaré la vida. (*Vánse.*)

ESCENA XIII.

ARMANDO. *Embozado en una capa por la ventana.*

ARMANDO. Nadle hay aquí... orientémonos: allí está el escritorio... la caja aquí... veamos si han mudado la cerradura. No... los billetes de banco estaban antes sobre la segunda division... ¡Ola! Aquí hay un legajo de ellos. ¡Han cerrado una puerta! (*Coge billetes y se oye cerrar una puerta.*) Aquí alguien se acerca... será el

cajero, y aunque no me conoce, no conviene me vea en este sitio... Salir ahora es espuesto... (*Cierra la caja.*) Mas puedo ocultarme en la escalera interior. El cajero á esta hora no se detendrá mucho y dentro de pocos minutos podré salir con seguridad. (*Se oculta por la escalèra de caracol.*)

ESCENA XIV.

ALBERTO.—*Cierra la puerta, se dirige á la mesa y se deja caer sobre un sillon.*

ALBERTO. Se desvació todo destello de esperanza. Aunque mi acreedor me concediese una próroga de ocho dias, mi único amigo está ausente, el plazo vencerá y quedaré deshonrado. Mi resolucion es irrevocable, y... ante todo, debo rendir las cuentas á mi principal, para que nadie atribuya mi muerte á un abuso de confianza, á un robo doméstico. Recordemos... Falta en la caja un talon de setenta y dos mil francos, que me ha entregado Chevreul. (*Le saca de una cartera y le pone en la caja,*) y anotaremos esta partida en el libro de caja. (*Escribe.*) Marzo... 22... 1850. ¡22 de marzo! (*Se detiene.*) Hoy hace justamente un año, que mi tierna madre me dió el adios postrero y... á su lado seré sepultado muy en breve. ¡Oh! Basta de lágrimas, y cumplamos por última vez con nuestro deber. (*Mientras se abre la puerta y aparece Duperrier, se acerca á Alberto y le dá suavemente en el hombro.*)

ESCENA XV.

ALBERTO. DUPERRIER.

DUPERRIER. ¡Alberto!

ALBERTO. ¡Vos... aquí! (*Volviéndose.*)

DUPERRIER. He visto luz desde mi habitacion y como no es hora de trabajar he bajado para ver que ocurre.

ALBERTO. Queria dejar todas las cuentas saldadadas, para entregaros las llaves de la caja mañana mismo.

DUPERRIER. ¿Pues á donde vais?

ALBERTO. A... á Verangel.

DUPERRIER. ¡Ah! Sí, comprendo... á celebrar el aniversario que tampoco yo he olvidado. Vuestra madre lo merece todo...

ALRERTO. ¿La conocisteis?

DUPERRIER. Sí... Yo era rico, ella pobre y durante años enteros me ocultó el sitio adonde se retiró con vos. Consagrada á su hijo como madre cariñosa, no quiso confiar á nadie vuestra educacion; mas en el supremo instante postrero, os recomendó á mi cariño

ALBERTO. Conservo en mi corazon el recuerdo de vuestras bondades, y sobre todo el de las lágrimas que vertisteis al leer la carta que mi querida madre me dió para vos; carta escrita en el mismo dia de su muerte.

DUPERRIER. ¿Y cuyo contenido os dejó ignorar?

ALBERTO. Completamente.

DUPERRIER. Mirad, Alberto, dejad por un momento vuestro trabajo... Acercaos á mí y hablemos. (*Le coge la mano.*) El año de prueba al cual os quise someter, me responde del porvenir: veo que sois digno hijo de Sofia Morel. Sin duda habreis visto en mi al comerciante severo y exigente ; pero mi escesiva dulzura para con el hijo que lleva mi nombre, me ha traido muy funestas consecuencias : vuestra asiduidad y honradez os hacen digno de mi confianza; y si hasta aquí fuisteis el depositario de mis bienes, desde hoy sereis mi asociado.

ALBERTO. Yo, señor...

DUPERRIER. Sí tal... desde hoy os reconozco con derecho á la tercera parte de los beneficios; á cuyo fin mañana haremos la debida escritura.

ALBERTO. Señor, tanta bondad me confunde... cómo podré yo pagar... ni qué motivos...

DUPERRIER. ¿Qué motivos? Vais á saberlo ahora mismo... no quiero que lo ignoreis... ¿Reconoceis este papel? (*Sacándolo*).

ALBERTO. Sí, la carta de mi madre.

DUPERRIER. La que me tragisteis! Leedla, pues.

ALBERTO. Pobre madre mia! (*Cogiendo la carta*). ¡Cómo temblaba su mano al escribir estas líneas! «Al morir (*Leyendo*) os envío y recomiendo á mi hijo. Es de un »noble y escelente corazon. La Providencia general-

»mente se compadece de la hija culpable y abandona-»da. Para ella el nacimiento de un hijo es el perdon »de Dios. Yo fuí culpable, abandonada y bendigo al »cielo que me dió mi Alberto. No os pido para él mas »que trabajo. Alberto se cree hijo de un militar muer-»to en el campo del honor.» (*Deteniéndose*). ¡Cómo! no soy hijo de un bravo militar! Este apellido Morel...

DUPERRIER. Es el de vuestra madre.

ALBERTO. ¡Oh! si... El hombre que engañó y abandonó á mi madre... abandonó tambien á su hijo.

DUPERRIER. ¿Y vos maldecis á ese hombre?

ALBERTO. Yo, señor, bendigo á mi madre! (*Besando la carta*).

DUPERRIER. ¡Oh! Fué vengada! El culpable lloró y llora todavía su falta.

ALBERTO. ¡Existe! ¿Segun eso?

DUPERRIER. Deslumbrado por un brillante casamiento olvidó los juramentos mas sagrados, mas santos, y la muger que á falta de ventura le llevó una fortuna, murió jóven dejándole un hijo. Este hijo ha sido su espiacion y su castigo... Mientras que Sofía Morel, en medio de su abandono bendecia á su hijo... yo maldecia al mio y lo echaba de mi casa.

ALBERTO. ¡Cielos!

DUPERRIER. Estaba solo en un mundo, devorado por las penas y los remordimientos, cuando tú entraste aquí hace un año, trayéndome la carta que me decia que tenia un hijo á quien amar.

ALBERTO. ¡Cómo! ¿yo soy hijo vuestro?

DUPERRIER. Si... tu eres mi hijo... (*Abrazándole*). No lo puedo decir públicamente... pero te lo digo ante Dios... te llamaré hijo junto á la tumba de tu madre... tú me consolarás... y en cuanto pueda haré tu felicidad á costa del hijo indigno que he arrojado de mi casa. En cuanto á los derechos de mi sucesion, no los deberás mas que á tu trabajo; cuando yo te haya hecho independiente, honrado y feliz, Dios y tu madre me perdonarán tal vez.

ALBERTO. ¡Oh! padre mio! No temais que yo publique un secreto que vos debiais guardar ante el mundo; mas cuando estemos solos, vos me llamareis vuestro hijo, y yo os

llamaré padre. ¡Padre! palabra dulce que jamás creí poder pronunciar. Pero por ventura (*Volviendo en sí*) ¿merezco yo tal felicidad?

DUPERRIER. ¿Y te la otorgaria yo, si no fueses merecedor de ella?

ALBERTO. (¡Dios mio! y cómo confesarle...) (*Llaman por la izquierda y entra Remy*).

ESCENA XVI.

DICHOS. REMY.

REMY. Perdonad, señor Morel, os creia solo.

ALBERTO. ¿Qué me quereis?

REMY. Como vi luz en esta habitacion, venia á traeros la respuesta qué sabeis.

DUPERRIER. ¿Qué hay pues?.. Hablad.

REMY. Es que... (*Cortado por la presencia de Duperrier*).

ALBERTO. Hablad, puesto que el señor os lo manda.

REMY. ¡Oh! si conviene que lo diga, lo diré. Cuando entregué vuestra carta el señor del hotel de París me dijo: «¡Oh! oh! Mr. Morel paga sin contar! Solo perdió treinta y dos mil francos.»

DUPERRIER. ¡Qué oigo!

REMY. «Al monte, y me envia treinta y tres mil... (*Siguiendo*). no quiero mas que lo que le he ganado... llevadle mi recibo y este billete. Recibo y billete que metió en vuestro sobre mismo.»

ALBERTO. ¿Pero qué acabo de oir?

DUPERRIER. ¿Y el sobre?

REMY. Tomadle.

DUPERRIER. ¡Jugador! ¡Tambien él!

ALBERTO. ¡Pero Remy, no sabeis que no os dí dinero alguno!

REMY. ¡Eso si que no podré jurarlo! Cerrada me distes la carta y cerrada la entregué.

ALBERTO. Pero...

DUPERRIER. ¡Basta! Salid. (*A Remy*).

ALBERTO. ¡Yo sueño!

DUPERRIER. Entregadme ahora mismo vuestras cuentas.

ALBERTO. (*Sorprendido*). ¡Mis cuentas!

DUPERRIER. ¿Dónde está el libro de caja?

ALBERTO. Aquí le teneis.

DUPERRIER. (*Mirando á Alberto*). Debeis tener...

ALBERTO. Ciento ochenta y dos mil francos.

DUPERRIER. (*Idem*) Sí, eso es.

ALBERTO. Setenta y dos mil en un talon contra la casa de Crevreul, cien mil francos en billetes de banco y el resto en plata y oro. Todo lo cual está dentro de la caja.

DUPERRIER. (*Idem.*) Estais seguro de ello?

ALBERTO. Si tal. ¡Oh! sospecha de mi él! (*Sorprendido corriendo á la caja*). Mirad, mirad, aquí están diez mil francos en oro y dos mil en plata. Aquí teneis el talon de setenta y dos mil francos: aquí los billetes de banco: todo, todo. Diez, veinte cuarenta, cincuenta, sesenta... Dios mio! (*Se detiene*).

DUPERRIER. ¿Qué hay?

ALBERTO. ¡Faltan cuarenta mil francos!

DUPERRIER. (*Con intencion*). ¡Buscad bien!

ALBERTO. ¡Cómo es posible! (*Examinando por todos lados*). Los cien mil francos estaban aquí hace poco. Estoy seguro de ello.

DUPERRIER. (*Levantándose*). Justamente. Antes de que pagaseis vuestra deuda.

ALBERTO. (*Vivamente*). Yo nada he pagado.

DUPERRIER. ¿Nada?

ALBERTO. ¡Lo juro, señor!

DUPERRIER. Pues aquí teneis el recibo de vuestro acreedor: os le envia en vuestro mismo sobre... al menos yo no dudo que esta letra la hicisteis vos mismo.

ALBERTO. ¡Si tal! yo le escribí, pero juro...

DUPERRIER. ¡Oh! basta! no mas mentiras; fuera hipocresía... ¡desdichado .. me engañabais... me estabais robando!

ALBERTO. (*Con esplosion*). ¡Yo!.. ladron!..

DUPERRIER. Desmentid sino las pruebas.

ALBERTO. ¡Oh! esto es un sueño horrible! Yo estoy loco! ¿Es verdad? Sí; ¡estoy loco! ¡Oh! no... es cierto! (*Mirando el sobre que le muestra Duperrier*). ¡Me acusa de ladron! Señor... sí... sí... he jugado... he perdido... pero antes de acudir á vuestros caudales, me hubiera quitado la vida.

DUPERRIER. Esa fingida desesperacion, esas falsas iágrimas y juramentos, son cobardes é infames. ¡Veamos! ¡veamos! tal vez pueda perdonar un momento de locura... un arrebato juvenil... veamos... confesad vuestra falta... ó por mejor decir, vuestro crímen, y por respetos á la memoria de vuestra madre os perdonaré.

ALBERTO. ¿Qué me pedís? Os repíto que he jugado y que he perdido... este es mi único crimen, lo reconozco... mas confesar un robo cuya sola palabra me aterra?.. ¿yo? que ahora en este instante trataba de poner fin á m existencia... yo, que preferia morir á vivir deshonrado¡ ¡yo ladron!.. ¡Oh!.. sí... (*Viendo el sobre que le vuelv e á enseñar*). sí... las apariencias me condenan; sí, sí, e vuestras manos teneis una prueba que me confunde y aterra; pero á pesar de todas las apariencias; á pesar de esa prueba; ante vos, señor, y por la memoria de mi madre, os juro que no soy un infame... ni un ladron!

DUPERRIER. Olvidad cuanto por desgracia os he dicho hace poco. (*Quemando la carta*). Ya no me acuerdo de ello. Ved aquí la carta de vuestra madre... (*Enseñándole el papel que arde*) no quedarán ni cenizas suyas. Ahora no sois para mi mas que un depositario infiel de quien me compadezco... y cuya falta morirá conmigo. Pero no volvais á pisar mi casa de la cual os arrojo. (*Vá á salir y Alberto se acerca*).

ALBERTO. ¡Oh! ¡Yo no saldré de ese modo! ¡Yo no he robado nada!.. ¡yo no soy ladron! ¡Por piedad, creedlo, padre mio!

DUPERRIER. ¡Desgraciado! ¡no me recuerdes que tengo derechos á maldecirte! (*Mirándole con desprecio*).

(*Duperrier sale.—Alberto rechazado cae junto al escritorio y apaga sin querer la sola luz que él ha bajado y que alumbraba la escena. Solo la luna dá todavia claridad á la habitacion*).

ESCENA XVII.

ALBERTO. ARMANDO.

Despues de una pausa aparece Armando en lo alto de la escalera y baja poco á poco los escalones.

ARMANDO. ¡Gracias al diablo que desapareció la luz! Ahora puedo salir sin riesgo...

ALBERTO. (*Viéndole*). ¿Un hombre? ¡Un hombre aqui! (*Corre á él*).

ARMANDO. ¡Se acercan!.. ¡Estoy perdido! (*Le rechaza violentamente y salta por la ventana*).

ALBERTO. ¡Socorro! ¡socorro! (*Con voz ahogada*). ¡Al ladron! ¡al ladron! (*Cae desmayado*).

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

EN NIMES.

Taller de pintor.—Sala dispuesta con una gran vidriera al lado, que deja ver parte de la ciudad.—En primer término un caballete sosteniendo un lienzo cubierto con una gasa verde.—El taller está adornado de estátuas, dibujos y pinturas.—A la derecha enfrente de una chimenea hay una florera.—Puerta al fondo y dos laterales.

ESCENA PRIMERA.

SUSANA. *A poco* LUISA.

SUSANA. La lámpara se apagó por falta de aceite; anoche la llené y sin duda mi señor ha estado toda la noche dibujando. Como si no fuese bastante pasar el dia entero en pintar. Veamos donde está el cuadro. (*Levanta la gasa y entra Luisa.*) ¡Ah! ¿Sois vos señorita?

LUISA. Sí; yo que traigo flores para colocarlas en el florero de Alberto. ¿No está en su taller?

SUSANA. No, señorita. Estaba muy pálido cuando salió, sin verme por cierto, y eso que pasó casi tropezando conmigo. ¡Juraría que ha velado toda la noche!

LUISA. ¿Sí? Pues he de hacer que le riña el doctor Darcy.

SUSANA. ¡Qué! ¿No hace caso de vos?

LUISA. ¿De mí?

SUSANA. ¡Toma!.. ¿Pues no le habeis salvado la vida?

LUISA. Mas ha hecho Genoveva por él que yo.

SUSANA. ¡Oh! eso si que no.

LUISA. Mi padre, Genoveva y yo, nos detuvimos en un pueblecito á pocas leguas de aquí; allí era donde el tio de Genoveva debia salir á buscarla, y como no le encontramos, decidió mi padre que nos quedásemos allí uno ó dos dias. Ya íbamos á separarnos por la noche, cuando entraron en el parador á un jóven que habian encontrado desmayado y casi cadáver, junto á una sepultura del cementerio del pueblo. Salieron en busca de un médico, y por casualidad habitaba uno en la misma casa; este era el doctor Darcy, que de paso para Lion se habia detenido allí unas cuantas horas para descansar. Examinó detenidamente al enfermo, y dijo que él respondia de su salud á pesar del veneno que devoraba sus entrañas. A fin de prevenir á la familia, el doctor se informó de su nombre, resultando que se llamaba Alberto, y que acababa de salir de Lion... Al oir esto yo palidecí; sentí vacilar mis piernas, y por instantes fuí perdiendo el conocimiento. Ya sabes que yo le conocia. (*Cambiando de tono.*)

SUSANA. Sí, señorita, ya lo sé. (*Sonriéndose.*)

LUISA. En tanto, Genoveva estaba junto al lecho del enfermo, prodigándole toda clase de cuidados, y despues obtuvimos de su tio y de mi padre, que nuestro viaje se difiriese hasta que Alberto estuviese fuera de todo peligro. Ambas le hemos asistido constantemente.

SUSANA. Y agradecido debe estaros.

LUISA. Genoveva cumplia mas exactamente que yo todas las órdenes del doctor... Así es, que mas debe á ella que á mí el pobre Alberto. Sí... á Genoveva debe su salvacion.

SUSANA. Dispensadme, señorita; pero yo pienso de distinto modo.

LUISA. ¿De distinto modo?

SUSANA. Si tal; pues si bien es cierto que vos no sabíais asistirle tan bien, en cambio vuestras lágrimas y aflicciones le hacian mejor efecto que las medicinas recetadas por el doctor.

LUISA. ¡Oh! ¡Voy á escribir á Genoveva! La ofreci al separarnos darla frecuentes noticias acerca del estado de nues-

tro enfermo. Hace quince dias que estamos en Nimes, y aun no he cumplido mi promesa.

SUSANA. (*Junto á un escritorio*). Aquí teneis lo necesario.

LUISA. (*Sentándose y escribiendo.* «Mi querida Genoveva:— »*Aparece Genoveva por la puerta del fondo.*) Inolvi»dable amiga mia: comienzo por enviaros un abrazo »tan estrecho, como es sincero mi cariño para con »vos.»

ESCENA II.

DICHAS. GENOVEVA.

GENOVEVA. Es inútil la carta.

LUISA. Genoveva...

GENOVEVA. Como no recibiá noticias de él, vengo en persona...

LUISA. (*Enseñándola la carta*). Mirad.

SUSANA. Ahora mismo os escribiamos.

GENOVEVA. ¿Y cómo sigue?

LUISA. Bien.

SUSANA. Muy bien.

LUISA. Algo débil...

SUSANA. Y algo triste.

LUISA. Se fatiga demasiado.

SUSANA. Pasa toda la noche trabajando... ¡Ya se ve!

LUISA. (*A Susana*). ¡Tambien esta noche!

SUSANA. Dispensadme, señoritas; soy algo importuna. Voy á donde mi obligacion me llama.

LUISA. No tal; quédate aquí.

GENOVEVA. Decis bien... que se quede, pues ella tambien le ha cuidado con cariño.

LUISA. ¡Verdad es! Tienes derecho para hablar de él como nosotras.

SUSANA. ¡Cuán buenas sois, señoritas, permitiéndome hablar! Pero ya se vé... ¡en nuestro sexo no existe mas diferencia que la del talento y la clase! el corazon es igual. Permitidme ser mujer como vos por un instante, y eso no impedirá el que yo siga siendo vuestra antigua servidora.

GENOVEVA. Decíais pues...

LUISA. Vuelto en sí mismo el buen Alberto, nos ha confesado que salió sin recurso alguno de casa de Duperrier; desesperado del presente y sin fé en el porvenir, resolvió suicidarse, para lo cual habia venido á rezar por última vez sobre las cenizas de su querida madre.

GENOVEVA. En el pueblo donde el cielo quiso que nos detuviéramos aquella noche.

LUISA. Nos prometió no atentar mas contra su vida.

GENOVEVA. ¡Y de no dudar nunca de la bondad divina!

SUSANA. Dice que así lo ha jurado á sus dos ángeles de guarda.

LUISA. Mi padre le ha propuesto establecerse aquí en esta habitacion, que depende de nuestra casa, en donde puede continuar su estudio de pintor.

GENOVEVA. Bien pensado.

SUSANA. Además hay la ventaja de que el doctor Darcy vive dos pasos de aquí, y puede visitarle con frecuencia.

GENOVEVA. ¿Y asegura que ha desaparecido todo peligro?

LUISA. Sin duda.

GENOVEVA. Como dijo que el veneno habia hecho estragos en la naturaleza de Alberto, y que durante algun tiempo no respondería de su razon ó de su vista...

SUSANA. Yo respondo de su cabeza.

LUISA. En cuanto á su vista tampoco hay que temer; y si no mirad todo lo que ha trabajado desde que está aquí. (*La enseña dibujos y bocetos*).

GENOVEVA. ¡Oh! ¡Qué dibujo mas espresivo! ¡Cuánto talento tiene! (*Animándose*).

SUSANA. En toda la comarca se encuentra un pintor como el nuestro. Pero no enseñais lo mejor á la señorita.

GENOVEVA. ¿El qué?

SUSANA. (*Quitando la gasa*). Nuestra santa Cecilia: mirad eso y decid si hay que temer por su vista.

LUISA. ¡Susana!

GENOVEVA. ¡Cielos!... ¡Cuánto se os parece!

LUISA. (*Vivamente*). ¡A mí!.. ¡si nó estuve delante!

GENOVEVA. ¡Bien segura estaba yo!

LUISA. ¿Qué decís?

GENOVEVA. Nada... Si hubiéseis estado ante el pintor, quizás su imaginacion no hubiera estado tan firme, ni su mirada tan resuelta, ni su mano tan segura.

LUISA. (*Bajando la vista*). ¿Lo creeis asi?

GENOVEVA. A no dudarlo.

LUISA. Y... ¿por qué?

GENOVEVA. Es un secreto que reveló veinte veces en sus delirios; veinte veces al tomar mi mano entre las suyas febriles y trémulas, me llamaba por un nombre que no era el mio... ¡Me llamaba Luisa! ¿Será preciso que os lo diga?

LUISA. (*Confusa.*) ¡Mi nombre!

SUSANA. (*Despues de una pausa*) Vuelvo á mis quehaceres, señoritas. (*Bajo á Genoveva*). La estais diciendo lo que sabe hace tiempo .. y lo que la alegra el alma... Proseguid, proseguid. (*Vase*).

ESCENA III.

GENOVEVA. LUISA.

LUISA. Con que os ha confesado...

GENOVEVA. Cuando la fiebre le abandonaba y me veia arrodillada junto á él, mil veces me decia: «Rezad en alta voz, mi buena Genoveva... quiero repetir vuestras palabras... rogaré con vos...» Solo que al nombrar á la persona por cuya salud yo imploraba á la Providencia, el asociaba otro nombre que murmuraba bajo, tan bajo, que jamás llegó á mis oidos; pero yo le comprendia en el fondo de mi corazon.

LUISA. (*Abrazándola*). Genoveva, vos no sois mi amiga, sino mi hermana.

GENOVEVA. ¿Le amais, pues?

LUISA. Antes que la desgracia se apoderase de él, comprendí que Alberto me amaba.

GENOVEVA. ¿Y despues, Luisa?

LUISA. Despues... la desgracia misma me hizo ver que tambien le amaba.

GENOVEVA. (*Vacilando y apretando su corazon*). ¡Ah!.

LUISA. ¿Qué teneis?

GENOVEVA. ¡Cuán feliz soy en oiros hablar así!... Porque vos y él sois los dos séres que mas amo en el mundo, y la idea de vuestra mútua felicidad es mi mayor consuelo en el momento de daros mi último adios.

LUISA. ¿Vuestro último adios?

GENOVEVA. Ya sabeis que soy huérfana; en el tio que me ha recogido no encuentro la afeccion que he perdido, y he hecho el firme propósito de entrar en un convento.

LUISA. ¿En un convento?

GENOVEVA. Seré hermana de la Caridad; y toda vez que no puedo hacer la felicidad de... nadie, trataré al menos de consolar al que sufra... (*Con ternura*). ¡Tanto como yo!

LUISA. ¿Y vuestra resolucion es irrevocable?

GENOVEVA. Irrevocable, Luisa.

ESCENA IV.

DICHAS. DARCY. *Luego* ROUSEAU.

DARCY. ¡Irrevocable! ¿Quién ha pronunciado esa palabra tan fuerte?

LUISA. Mi mejor amiga, doctor.

DARCY. ¡La reñorita Genoveva! No, hija mia; yo tengo treinta y cinco años cumplidos, y no he hallado en este mundo mas que una sola cosa irrevocable.

GENOVEVA. ¿Cuál, doctor?

DARCY. Mi joroba.

LUISA. Vuestra..

DARCY. Mi joroba, señorita: pues qué, ¿creeis que no me he apercibido de que la llevo conmigo desde que nací? Varias veces he soñado ser un Adónis; que mi joroba tenia alas y se largaba al Olimpo, cantándome una despedida, la cual la devolvia lleno de júbilo y gritando: «Hossamnna en las alturas ¡bendito sea el que me hizo recto y perfecto como la mayoría de los séres!» Pero despertaba y me llevaba mi mano temblorosa á la espalda; y todo era un sueño. ¡Cómo ha de ser! Suframos la cruz con que la naturaleza me dotó.

LUISA. ¡Oh! Sois un filósofo acabado.

DARCY. Paso por lo de filósofo... pero por... Mas á todo esto, no se cuál es el irrevocable proyecto de esta señorita.

GENOVEVA. ¿Mi proyecto?

LUISA. Quiere entrar en un convento.

DARCY. ¡En un convento á vuestra edad!.. ¡tan bella y tan

perfecta pretendeis!.. Vamos... vamos... si fuéseis jorobada, lo comprendería.

GENOVEVA. Pues qué, ¿no hay sufrimientos mas que ese?

DARCY. ¡Oh! ¡yo no sufro por eso! Al contrario, siempre me estoy riendo.

GENOVEVA. ¿Ni otras desgracias?

DARCY. Si tal. Yo no me lamento mas si no porque no se compadecen de mi. Esto solamente me ha entristecido al principio de mi carrera; yo era un buen muchacho, un poco sencillo y majadero, y la sociedad me queria encontrar espiritual y meditabundo como todos... Cuando decía un disparate se echaban á reir diciendo: «¡Qué chispa tiene el jorobado!» Cuando compadecia á alguno, lo tomaban por ironía y decian: «¡Qué simple que es!» Cuando trataba de socorrer á los que sufrian, lo cual me es muy fácil, puesto que cuento con ciento cincuenta mil francos de renta, desconfiaban de mi caridad, como si ocultase algun mal designio, y se alejaban de mí como de un animal maligno. Ya comprendereis que todo esto despedazaría mi corazon; porque al fin, yo no podia guardar sin fruto ni beneficio alguno la grande renta que yo poseia. Así es que tomé el partido de hacerme médico, y me dije: «Si los desgraciados se alejan y huyen de mí, los enfermos no podrán hacerlo; estarán en su cama, y no podrán evitarme...»

LUISA. ¿Qué escelente corazon os dió la Providencia!

DARCY. (*Tomándolas las manos*). Quizás tengais razon, señoritas; pero convenid conmigo que este pobre corazon tiene una morada bien fea.

LUISA. Siempre estais lo mismo, Doctor.

DARCY. ¿Preferis el que os entristezca? No tal; y para venir á nuestra antigua cuestion, quiero que Genoveva me prometa esperar un poco antes de realizar su proyecto.

GENOVEVA. ¿Esperar? ¿y para qué?

DARCY. ¿Quién sabe? (*Bajo*) Conozco toda clase de afecciones, y he hecho curas que se han tenido por milagrosas.

GENOVEVA. No os comprendo...

DARCY. Pues yo os he adivinado... (*Idem*). Mi buena enfermera.

GENOVEVA. (*Turbada*) ¡Vos!

DARCY. (*Idem*). ¡Esperad aun!

ROUSEAU. (*Entrando*). Señor Darcy, me han dicho que acabábais de llegar, y por lo tanto me he apresurado á saludaros. Adios, Genoveva. (*Dándoles la mano*).

DARCY. Ahora iba á veros, porque tengo que deciros una cosa importante, señor Rouseau.

LUISA. Siendo así, os dejamos solos.

DARCY. ¡Señoritas!.. Lo dicho... (*Bajo á Genoveva*).

ESCENA V.

ROUSEAU. DARCY.

ROUSEAU. Ya estamos solos, doctor.

DARCY. Deseo hablaros, como ya os he dicho, de un asunto importante; voy derecho al objeto. Un jóven de esta ciudad, amigo mio, buen mozo, discreto, de buena familia y... mas derecho que yo, se ha enamorado de vuestra hija. El tal es Vizconde, pero... tiene mas pergaminos y ejecutorias que billetes de banco. Conoce vuestra honradez, vuestra riqueza, y tiene sus deseos de dorar con vuestro dinero sus blasones.

ROESEAU. ¿Y desea casarse con mi hija?

DARCY. Precisamente.

ROUSEAU. Puedo responderos con pocas palabras: estoy completamente arruinado.

DARCY. ¡Arruinado!

ROUSEAU. Por desgracia: he sido víctima de una infamia, y como el hombre probo no puede recurrir al robo, he adoptado el partido de retirarme del mundo. Con la venta de mi estudio he satisfecho mis compromisos; pero solo me ha quedado lo que en este pueblo poseo, que si bien bastará á llenar las necesidades de nuestra modesta existencia, presenta un triste porvenir á mi querida hija.

DARCY. ¿Y sabe ésta vuestra desgracia?

ROUSEAU. No he tenido bastante valor para manifestársela: ¿mas qué podré hacer cuando se la presente un partido

como el que acabais de anunciarme, ó si viniese la miseria á llamar á nuestra puerta?

DARCY. Buen remedio; casadla con uno que sea menos bello, menos noble y mas rico.

ROUSEAU. ¿Y en dónde se podrá hallar un marido que no exija un dote proporcional ó igual á su fortuna?

DARCY. Si no hay mas dificultad que esa... pero Luisa amará tal vez...

ROUSEAU. A nadie.

DARCY. Si así fuese... aunque lo dudo, y no os ofendais, porque en este punto los padres tienen muy corta vista: mas si así fuese, repito, me atreveria á proponeros un regular partido.

ROUSEAU. ¿Tan pronto le habeis hallado?

DARCY. ¡Bah! por la posta: ¡soy hombre de grandes recursos!.. y si no juzgad vos mismos. El aspirante tiene buen corazon, buen nombre, ciento cincuenta mil francos de renta, y no os pedirá ni un céntimo de dote; pero...

ROUSEAU. ¿Pero qué?

DARCY. Tiene una pícara facha.

ROUSEAU. ¡Cómo! ¿Vos tal vez?..

DARCY. Justamente. Confesad que habeis conocido el paño por la última muestra.

ROUSEAU. Podeis creer que me lisonjea en estremo...

DARCY. Escusemos frases comunes, porque las se todas de memoria. Como enamorado no se me puede mirar por la espalda, ni de perfil, pero de frente... ¡Oh! de frente puedo ser un esposo muy admirable. Yo no temo que no me ame, tiemblo que ame á otro: solo pido que me permita hacerla rica y feliz... Si es posible aun... (*Señala á la espalda. Rouseau le interrumpe*).

ROUSEAU. Señor Darcy; he arruinado á mi hija y no tengo el derecho de disponer de su voluntad: permitirme consultarla y...

DARCY. Sea en buenhora; pero sin nombrarme, ó si acaso poquito á poco, para que la noticia no la sorprenda y asombre demasiado.

ROUSEAU. Os lo prometo. Solo diré que me pide su mano un caballero muy desinteresado, noble, rico, y...

DARCY. Y de ridícula figura: no olvideis esto, porque es el quid de la dificultad.

ROUSEAU. Hasta luego, señor Darcy.

DARCY. Hasta luego, mi querido señor Rousseau.

ESCENA VI.

DARCY.

DARCY. Si lograse mi deseo: Si Luisa fuese libre y aceptase mi fortuna y mi mano... ¿quién sabe? Acaso acabaria por convencerse de que vale mucho mas el interior, que esta fatal cubierta que le oculta, y creería que un alma buena puede reemplazar con ventaja á un lindo talle. Acaso empezaria por estimarme; la estimacion se convertiria en cariño, y yo llegaria á tener una familia, viéndome rodeado de una turba de jorobadítos... ¡Desgraciado! Imbécil seria esa hermosa joven si aceptase, sí... rehusará. ¿Cómo he podido pensar ni un momento en el amor? El amor se ha hecho para los jóvenes hermosos como Alberto y Genoveva que se adoran, y... mejor debia yo de ocuparme en arreglar este matrimonio que pensar en el mio. Ambos jóvenes me interesan, y especialmente Alberto, que con tanto ardor y artística fé se dedica al trabajo... mas... el de un pintor no produce gran cosa, y... será preciso que yo me arregle con Verdelet mi mercader de cuadros, el cual fingirá que los compra para él, y yo los pagaré á buen precio, porque... debe necesitar dinero... ¿pero bajo qué pretesto podria yo ofrecérselo? Justamente llega ahora... probemos.

ESCENA VII.

DARCY. ALBERTO.

ALBERTO. ¿Señor Darcy?

DARCY. Mi querido enfermo.

ALBERTO. Vengo de vuestra casa.

DARCY. ¡De mi casa? Pues si sabeis que tengo la costumbre de venir á veros diariamente.

ALBERTO. Sí, pero... hoy...

DARCY. ¡Hoy!.. ¿qué?

ALBERTO. (¡No sé qué decirle! ¿De qué modo podré lograr que acepte estos Luises que acabo de recibir?)

DARCY. (¿De qué medio me valdria yo para hacerle tomar algun dinero?) ¡Muy preocupado venis!

ALBERTO. No es preocupacion , doctor, es... Vergüenza... es...

DARCY. ¿De veras? Pues... ¡es particular! Una cosa parecida es la que yo esperimento.

ALBERTO. Es cuestion de dinero y...

DARCY. ¡De dinero! ¡Diantre! ¡Lo mismo que la mia!

ALBERTO. He llevado un cuadro á Verdelet...

DARCY. (Mi mercader). Sí, le conozco.

ALBERTO. Y me ha dado tres luises.

DARCY. ¡Tres luises! (¡Infame! ya se lo diré yo).

ALBERTO. Conozco que es poco, pero... desearia...

DARCY. Pues justamente he encontrado con un amigo fanático por la pintura, que os compra...

ALBERTO. (*Alargando los tres luises*). Doctor, permitid que os ofrezca...

DARCY. Amigo mio, permitidme que os entregue...

ALBERTO. ¡Cómo! ¿Me ofreceis dinero?

DARCY. ¿Vos quereis darme?.,.

ALBERTO. Yo cumplo con un deber, y no podeis impedirlo.

DARCY. Y yo tengo un placer en ofreceros esto.

ALBERTO. Yo soy vuestro deudor, y quiero...

DARCY. Y yo os entrego lo que os pertenece... (Es preciso engañarle.) Mas me ocurre una idea escelente... Podemos entendernos aun. Ambos nos apreciamos, ¿no es así?

ALBERTO. Sin duda.

DARCY. Pues hagamos una concesion cada uno: por mi parte acepto vuestro dinero.

ALBERTO. Convenido.

DARCY. A condicion de que aceptareis el mio.

ALBERTO. Jamás.

DARCY. ¡Jamás! Pues sabed que he querido probar hasta dónde llega vuestra delicadeza, y por eso os he disimulado la verdad. Este dinero os pertenece: un amigo mio está formando una galeria, un museo en miniatura y

os compra vuestra santa Cecilia: hé aquí mil francos por ella.

ALBERTO. ¡Dios mio!

DARCY. Y os ofrece igual cantidad por cada uno de los que sucesivamente acabeis...

ALBERTO. ¡Será posible!

DARCY. ¡Y tan posible! Vos mismo vereis como se los lleva, y ordenareis la galería...

ALBERTO. Entonces...

DARCY. Este dinero es vuestro.

ALBERTO. Tal fortuna... me sorprende... me abruma... Mi cabeza se abrasa... Cuanto me rodea gira en deredor mio...

DARCY. Tranquilizaos: ya os he dicho que debeis huir de las emociones violentas y... vuestra falta de salud... la asesina.

ALBERTO. ¿De quién hablais, doctor?

DARCY. Nada os importa.

ALBERTO. Hablad, amigo mio, vos que sois tan bueno...

DARCY. Eso es, aduladme ahora... Soy bueno, y... hasta os pareceré hermoso... Pues bien; sois amado, no me lo han dicho, pero lo he adivinado.

ALBERTO. ¡Me ama! ¿Será posible? Despues de esta inmensa alegría, un desengaño me mataría, me volvería loco.

DARCY. ¡Dios mio! Palidece... vacila... Amigo mio... Alberto, calmaos... ¡qué diablo! no seais débil.

ALBERTO. Sí, sí... teneis razon... mas la sangre se aglomera con tal fuerza en mi cabeza... es singular... algunas veces me quedo sin vista.

DARCY. (*Con inquietud*). Y... ¿Esperimentais á menudo eso desvanecimiento, esa especie de vértigo?

ALBERTO. Algunas y... Silencio, doctor, aquí viene.

DARCY. Sí; viene con su amiga.

ESCENA VIII.

DICHOS. GENOVEVA. LUISA.

LUISA. Alberto, venimos á daros dos importantes noticias.

ALBERTO. ¡A mí!

GENOVEVA. ¿No sois amigo nuestro?

ALBERTO. Si por cierto.

LUISA. Pues la primera es que Genoveva ha tomado una resolucion que la separa de nosotros.

DARCY. (*Rápido*). ¡Qué decis! (*Aparte á Alberto*). (No os altereis, se lo quitaremos de la cabeza.)

ALBERTO. (*Tranquilo*). ¿Qué vais á hacer, Genoveva?

GENOVEVA. Retirarme á un convento.

ALBERTO. ¡A un convento!

DARCY. (*Aparte estrechándole la mano*). (¡Cuidado con las emociones violentas!)

ALBERTO. ¡Es rara vuestra determinacion!

DARCY. (Pues... no está conmovido... se ha reconcentrado... esto es peor).

GENOVEVA. Estoy sin familia, Alberto, y sabeis que hice mi noviciado entre las hermanas de la Caridad. (*Sonriendo*). ¿Creeis que sea un estorbo en el convento?

ALBERTO. Creo, por el contrario, que podiais ser una escelente madre de familia.

DARCY. Todo puede arreglarse (Este jóven es de bronce).

LUISA. La segunda noticia es puramente personal...

ALBERTO. ¿Os concierne, señorita?

LUISA. Se trata de mi matrimonio.

ALBERTO. ¡Qué decís?

DARCY. (Su padre cumplió la palabra).

ALBERTO. (*Muy conmovido*). ¿Vais á casaros?

DARCY. (¡Se ha sorprendido!)

ALBERTO. (*Temblando*). Y... ¿habeis aceptado?

DARCY. (¡Cómo tiembla!)

LUISA. He querido consultar antes á Genoveva, á mi amigo el doctor...

DARCY. ¡A mi! (¡A buena parte viene!)

LUISA. (*Conmovida*). Y... á vos tambien, Alberto.

DARCY. (Tambien ella se conmueve... ¡Con qué interés se miran!)

ALBERTO. (¡Vá á casarse!)

DARCY. (¡Soy un imbécil!.. Creia que amaba á Genoveva, y es á... ¡Pues he tenido buena eleccion!)

LUISA. ¿No respondeis?

ALBERTO. No sé qué aconsejaros... (*Con amargura.*) No conoz-

co al que pretende vuestra mano, mas... cuando os ofrece la suya, tendrá noble corazon, alma elevada, será rico...

DARCY. Sí.

ALBERTO. Jóven...

DARCY. Sí.

ALBERTO. Buen mozo...

DARCY. Como un Lucifer.

LUISA. Es, segun dice mi padre, jóven aun: tiene 35 años.

DARCY. (Y medio).

LUISA. Y ciento cincuenta mil francos de renta.

ALBERTO. Jóven, rico...

LUISA. Y tiene un buen nombre.

DARCY. Y un esterior de demonio.

LUISA. ¿Le conoceis?

DARCY. Así, así.

ALBERTO. ¡Vos le conoceis!

DARCY. De vista... casi en todas las casas á donde voy le veo. (Si hay espejo).

LUISA. ¿Y creeis?...

DARCY. Creo que no debeis aceptar.

ALBERTO. ¡Oh! gracias querido amigo.

DARCY. No hay por qué darlas... es decir... Sí, sí; hay por qué darlas. Creo, señorita, que una jóven tan bella necesita un marido bello tambien; el amor se acaba antes que el dote; porque la felicidad es lo primero que siempre se acaba. El talento vale mas que la fortuna, porque nada es mas fácil que dejar vacío un arcon lleno de dinero, al paso que no es posible vaciar una cabeza para estraer el genio que en sí encierra. Vos no os habeis atrevido á responder á vuestro padre, y yo voy ahora á hacerlo por vos: estoy muy seguro de que me creerá: sí, dará crédito á mis desinteresadas palabras, porque... tengo ciento cincuenta mil francos de renta, buen nombre, buen corazon, y cuerpo de demonio. (*Con ira sarcástica*).

LUISA. ¡Cómo! ¿Será posible?

ALBERTO. ¿Erais vós?

DARCY. Nos hemos entendido. (Su dote corre de mi cuenta; y en cuanto á él... buscaré quien siga apareciendo

como comprador de sus cuadros). ¡Arreglo perfecto! Voy á decir á vuestro padre que no se tome la pena de buscar yerno, porque vos habeis encontrado uno que os ama y á quien amais. (*A Genoveva*). (Bien haceis en buscar un convento; y yo...)

GENOVEVA. (*Aparte*) (Allí seré dichosa, pensando en su felicidad.) ¡Adios, Luisa: adios... Alberto!

LUISA. ALBERTO. ¡Adios! (*Cada uno le coje una mano*).

DARCY. (Casi, casi, me conviene aceptar esa idea, y... hacerme monje... con un capuchon tirado hácia atrás, estaria pasadero, porque ocultaría la maula).

ALBERTO. Querido amigo, nos sacrificais vuestros deseos, vuestras esperanzas.

DARCY. Todo pasa en este mundo... alrededor del cual voy á hacer un viaje, y... volveré curado.

LUISA. ¿Partir?

DARCY. Hoy; ahora mismo... Voy á visitar los hotentotes, los... acaso entre ellos encuentre hombres mas feos que yo, y esto me divertirá, me hará reir, me servirá de... consuelo... Vamos, vamos: si no me voy, concluiré por llorar como un chiquillo. (*Vase con Genoveva*).

ESCENA IX.

ALBERTO. LUISA.

ALBERTO. ¡Luisa! ¡Será posible! Lograré una felicidad con que tantas veces he soñado. ¿No es una ilusion, no es un dulce ensueño?.. ¡Me amais! No... No lo creo... Necesito oirlo de vuestra boca misma... Decidlo para que tanta dicha me preste fortaleza á fin de soportar el peso de esta felicidad: de este modo podré tener el valor que necesito, si he de haceros una confesion terrible...

LUISA. ¡Una confesion terrible!..

ALBERTO. ¿Luisa, me amais?

LUISA. ¿No veis mi puro gozo al consentir en ser vuestra esposa?

ALBERTO. Escuchadme y pronunciad mi sentencia. Vais á decidir de mi vida.

LUISA. ¿Qué teneis que revelarme?

ALBERTO. No tengo familia... carezco de nombre... porque el que llevo fué el de mi madre.

LUISA. (*Con naturalidad*). Ya lo sé.

ALBERTO. Tenia un solo protector, un amigo, el señor Duperrier que me acogió en su casa, me confió su riqueza, y... Dios sabe si yo estaba orgulloso con esta confianza; si yo le amaba y tenia hácia él toda la debida abnegacion; mas... un dia, un hombre, un malhechor, cuyo rostro ví poco tiempo al resplandor de la luna, se introdujo en la casa y en la caja; quise perseguirle; pero desapareció por la ventana, dí voces, nadie me oyó, y... ese hombre habia sustraido de allí cuarenta mil francos. Pues bien, Duperrier me acusó de este robo.

LUISA. ¡A vos!

ALBERTO. Sí, si, á mí, á su... ¡Oh! no podeis comprender, Luisa, cuanto horrible y desgarradora fué para mí esta horrible acusacion.

LUISA. Sí, lo comprendo, Alberto.

ALBERTO. En vano imploré su bondad; en vano derramé amargas lágrimas; en vano tambien mi herida delicadeza se rebeló, nada pudo conmover su corazon... Su corazon que debia haber sido el último en acusarme...

LUISA. ¡Desgraciado!

ALBERTO. El señor Duperrier me prometió no revelar á nadie su calumniosa imputacion y... se cumplirá su promesa, mas no debia yo aceptar la inmensa felicidad que me ofreceis sin haceros esta triste confesion. Luisa, el hombre que teneis ante vuestros ojos, y cuya mano estrecha la vuestra, puede levantar sin rubor la frente porque este hombre jamás se manchó con ninguna bajeza, con ninguna infamia. Acaba de abriros su corazon y pone en vuestras manos su destino y su vida que habeis salvado, y que podeis con una palabra conservarla ó destruirla. Cualquiera que sea vuestra decision, se someterá á ella sin exhalar una queja.

LUISA. ¡Oh!.. Sois inocente, Alberto, lo creo.

ALBERTO. ¡Luisa! Todas mis desgracias se han desvanecido: ya he olvidado mis crueles sufrimientos, porque... si vos me amais, ¿quién puede ser mas dichoso que yo? Lui-

sa, tambien la fortuna nos sonrie; mi santa Cecilia está vendida antes de estar acabada; me dan mil francos y otros tantos por cada cuadro que termine...

LUISA. Alberto, la suerte comienza á haceros justicia.

ALBERTO. Lo debo á las activas diligencias de mi buen amigo Darcy.

LUISA. Entonces... podeis llegar á ser millonario, Alberto. ¡Fortuna, gloria! Ahora debo ser yo la que no se atreva á aceptar vuestra mano...

ALBERTO. ¡Querida Luisa!.. Vuestro padre viene á decidir de mi suerte.

ESCENA XX.

DICHOS. ROUSEAU.

ROUSEAU. Alberto; antes de partir el señor Darcy me ha manifestado que amais á mi hija, y que sois correspondido.

ALBERTO. ¿Y vos?

ROUSEAU. Debo haceros saber que mi hija es pobre.

ALBERTO. ¿Qué importa?

ROUSEAU. Su pobreza es obra mia, y no tengo el derecho de rechazar al esposo que elige. Otro pudiera haberla hecho rica, pero vos... podeis hacerla dichosa.

ALBERTO. Dichosa, sí; cuanto un hombre puede hacer en favor de su esposa, lo haré yo por ella, así como tendré hácia vos el cariño y la abnegacion de un hijo, porque vais á ser mi segundo padre... no, el único que el cielo me ha reservado. Vuestra pobreza no me entristece, porque... casi soy rico; me han propuesto un buen negocio, y...

ROUSEAU. Lo sé por Darcy.

ALBERTO. Casi soy rico, os lo repito. Podré proporcionar á mi amada Luisa una existencia cómoda y tranquila, y bendigo á vuestra pobreza que me acerca á mi amada, me convierte en jefe de una familia respetable, elevándome á mis propios ojos, y me hace ser el sosten de mi amada esposa y el apoyo de mi padre. ¡Oh! ¡Mil veces te bendigo, santa y noble pobreza!

ROUSEAU. Hija mia, creo que vas á ser feliz; y vos, querido amigo, hijo mio. (*Le abraza*).

ALBERTO. ¡Vais á hacerme llorar, padre mio!.. las lágrimas oscurecen mis ojos, y... necesito trabajar mucho; quiero acabar este cuadro en el mismo dia en que se ha decidido mi matrimonio. (*Toma la paleta y los pinceles*). Esta vez, Luisa, no os negareis á ser mi modelo.

LUISA. No, seguramente.

ALBERTO. Para vos trabajo; para nosotros. (*Se dispone á pintar; se detiene, deja el pincel sobre el caballete y lleva la mano á los ojos*).

LUISA. Estoy pronta.

ALBERTO. Gracias, pero... apenas veo... (*Separa las cortinas de la ventana*). ¿Se pone ya el sol?

ROUSEAU. Aun no.

LUISA. ¿Por qué preguntais eso?.

ALBERTO. ¡He tenido hoy tantas y tan fuertes emociones!.. He llorado... (*Quiere pintar y se detiene*). He llorado demasiado desde mi desgracia... Vamos, esto... será nada. (*Se pasa la mano por la vista y esclama con fuerza*). Os digo que se hace de noche, mas esta es una noche estraña... mas sombría y terrible que las otras.

LUISA. ¡Dios mio!

ROUSEAU. ¡Qué dice!..

ALBERTO. ¡Luisa! ¡Luisa! (*Estiende la mano hácia ella*).

LUISA. ¡Alberto!

ALBERTO. Me respondeis, pero no me veis, ¿no es cierto?.. no podeis verme, porque... yo no os veo... Dime que es ya de noche... ¡Las tres!.. (*Un reló dá las tres*). ¡Oh campana fatal!.. ¡Estoy ciego!.. ¡Sí, ciego!.. (*Cae sobre la silla*).

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Jardin con terrado y una tapia baja.—En lontananza la ciudad de Nimes.—En primero y segundo término á la derecha, una parte de la casa del señor Rouseau, que dá sobre el terrado, á cuya casa se llega por una gradería.—A la izquierda en primer término un emparrado, mesa y sillas rústicas.—En el tercer término á la izquierda el principio de una escalera que dá á la calle.—En el cuarto término, la pared baja. En el quinto el horizonte.—Al levantarse el telon está Luisa sentada bajo el emparrado, y tiene sobre las rodillas un bastidor pequeño para hacer encajes, está dormida y Susana llega muy depriesa por la gradería.

ESCENA PRIMERA.

LUISA, *dormida*. SUSANA.

SUSANA. Señora, soñora... aquí teneis dos cartas que... (*Se aproxima despacio*). ¡Ah! Está dormida... y su obra no adelanta... voy á continuarla ¡y la tiene casi concluida! ¡Pobrecita! habrá trabajado toda la noche...

LUISA. (*Dormida*). Julieta... no abandones á tu padre... no le dejes solo...

SUSANA. Siempre lo mismo... su esposo, su hija... no es estraño, los ama tanto. Seis años hace que perdimos al señor Rouseau; pero antes de espirar pudo bendecir á la hermosa Julieta, al paso que el señor Alberto, su padre, no podrá ver á tan hermoso ángel. El señor Darcy continúa viajando; la señorita Genovena ha entrado en un convento, de manera, que mis queridos amos se

encuentran sin familia, sin amigos... Pero yo jamás les abandonaré. (*Deja caer uno de los moldes*).

LUISA. (*Despierta al ruido y mira en su deredor*). ¡Susana!

SUSANA. ¡Señora!

LUISA. ¿He dormido mucho?

SUSANA. No señora.

LUISA. (Me creia mas fuerte). Dame el bastidor.

SUSANA. Nada tengo que hacer y este trabajo descansa y recrea. (*Trabajando*). (Y ella tambien descansa).

LUISA. ¿Dónde está Alberto?

SUSANA. Paseando aquí cerca con la señorita, que está muy orgullosa con el encargo de reemplazaros para guiar á su papá.

LUISA. ¡Hija de mi alma!

SUSANA. Teneis en ella un verdadero tesoro. Es linda como un ángel y de una inteligencia estraordinaria, aprende cuanto vé y... os está preparando una sorpresa por ser su cumpleaños.

LUISA. ¡Oh! cada momento doy á Dios mil gracias por haberme concedido una hija: ella forma mi felicidad y es el consuelo de Alberto. Trae mi labor, Susana; no siento ya cansancio, porque és para mi hija y para mi esposo el fruto de mis tareas... Hoy mismo debo entregar este encage porque no hay dinero en casa y... nadie lo sabe mejor que tú.

SUSANA. Dejadme concluir esta flor, y en tanto podeis leer esas cartas que acabo de traer: acaso alguna de ellas sea del señor Darcy.

LUISA. No, esta es del señor Girard. (*Abriendo una carta*).

SUSANA. ¿El que reedificó esta casa?

LUISA. (*Lee*). «Señora, cuando reedifiqué toda la parte del »edificio que el incendio habia consumido, prometí »daros tiempo para satisfacerme su importe; pero ne»cesito ahora ese dinero, y comprendiendo hasta dón»de llega vuestra angustiosa situacion, temo verme »obligado á embargar y vender vuestra casa.»

SUSANA. ¡Dios nos asista!

LUISA. Susana, Girand está en su derecho: teme con sobrada razon, que desaparezca la única garantía que puede responder del dinero que se le debe. Gracias á tu de-

sinterés y abnegacion; Alberto no ha llegado á comprender esta angustiosa situacion á que nuestro acreedor se refiere. Mi pobre esposo cree que he podido reparar los desastres del fatal incendio con los restos de nuestra pasada fortuna; el desgraciado ignora que las llamas devoraron los valores que mi padre me habia legado, pero... ¿cómo le he de poder ocultar la venta de esta casa? ¿Cómo lograré que la abandone? La conoce tan bien que la recorre toda sin necesidad de guia, porque ha visto en mas felice tiempo, lo que hoy no puede ver. ¡Ah! fuera de aquí, la eterna noche en que vive le parecerá mas lóbrega y profunda; se reprochará á sí propio la causa del horrible y desastroso incendio, causa de nuestra ruina; y cuando sepa que nos arrojan de la casa de mi padre, morirá de dolor.

SUSANA. ¡Oh! Consolaos, señora, mi amo tiene valor.

LUISA. Pero... ¿á dónde he de llevarle? El precio de esta casa vendida de ese modo, apenas producirá para satisfacer á Girard y... esta casa constituye toda nuestra fortuna. ¿Cómo he de mantener á mi marido, como he de educar á mi pobre hija, cuando el trabajo de mis manos de dia y de noche, apenas nos dará para comprar el preciso sustento?

SUSANA. Animaos, querida señora mia, seremos dos á trabajar y... sí, sí, tranquilizaos; si os arrojan de vuestra casa nos iremos á la mia.

LUISA. ¿A la tuya?

SUSANA. ¡Vaya! soy propietaria: mis padres me dejaron una casa... no, una cabaña en mi pueblo de Viguerolle que arrendada ventajosamente produce al año diez escudos. Allí viviremos: decís al señor Alberto que el médico ha ordenado á Julieta que cambie de aires y vereis como se apresura á marchar. Mi buen señor no puede ver si la cabaña es fea y vieja, y en su recinto encontrará cuanto ama en el mundo, el aire libre, el sol, el aroma de las flores y cuantas naturales riquezas ha prodigado Dios en favor de los pobres.

LUISA. ¡Qué buen corazon!

SUSANA. No lloreis, señora mia, y leed la otra carta que... no ha de contener tambien una nueva desgracia.

LUISA. ¿Cómo ha llegado esta carta aquí? (*Abre y arroja la carta sobre la mesa*).

SUSANA. Por el correo: ¿no la leeis?

LUISA. No.

SUSANA. ¿Es acaso aquel jóven... el de la iglesia?

LUISA. Sí.

SUSANA. ¡Qué hombre mas obstinado! Si os mira, volveis la espalda: si os habla no le respondeis: os privais de salir durante ocho dias por no encontrarle, y en vez de comprenderos, recurre á la pluma. Pero ¿qué puede escribiros?

LUISA. Nada me importa. (*El reló de la ciudad dá una media*). Ya debia haber regresado Alberto... ¡Le habrá sucedido alguna desgracia, ó tal vez á mi hija que no puede ser protegida por su desgraciado padre!...

SUSANA. Si no hay peligro alguno, señora... pero voy á buscarlos para que no esteis inquieta. Voy á atravesar por la casa, porque generalmente vienen por la calle grande. (*Sale por la graderia*).

ESCENA II.

LUISA.

LUISA. Tiene razon Susana: cuando Alberto sepa que su hija necesita cambiar de aires, saldrá de aquí sin violencia, y en el modesto asilo que Susana nos ofrece, al menos encontraremos tranquilidad: para mí la miseria nada tiene de espantoso, como pueda ocultársela á Alberto. (*Se pone á trabajar, y aparece por una verja á la izquierda un jóven elegante*).

ESCENA III.

LUISA. ARMANDO.

ARMANDO. El marido no ha vuelto, y la criada acaba de salir: debe estar sola... héla allí...

LUISA. Alberto, ¿eres tú?.. ¡Cómo!.. (*Oyendo pasos*). Caballero... (*Levantándose*). Venís hasta mi casa...

ARMANDO. La obstinacion con que huís de mí, esplica mi venida, si nó escusa mi atrevimiento: además, en mi carta os anuncio mi visita.

LUISA. No la he leido, caballero: pero como adivino su contenido, puedo responderos. Mis palabras francas y leales os harán arrepentir de vuestra ligereza, puesto que sin duda no habeis conocido quien soy. Si os recibo sin indignacion ni cólera, es porque creo haceros justicia al suponer que sois un jóven de honor, estraviado en un funesto error; á quien debo conducir al buen camino del cual por un momento se ha separado. Acaso habreis pensado que yo, jóven todavía, siento estar unida á un hombre herido duramente por una irreparable desgracia, mas... os equivocais: mi amor se ha aumentado con ese infortunio y... además soy madre, y cuando el puro amor que profeso á mi esposo no me escudase bastante, mi respeto hácia mi tierna hija me defendería. Ahora ya me conoceis, caballero, y no teneis nada que exigir de mí, ni yo tengo que deciros otra cosa.

ARMANDO. (Está casi imponente). Si hubiese llegado hasta vos impulsado por una pasion efímera, hija de vuestra belleza, deberia retirarme sin vacilar; pero cuanto mas os miro, cuanto mas os escucho, menos creo posible que mi amor se estinga, el cual no por ser respetuoso, deja de ser profundo y firme.

LUISA. Caballero...

ARMANDO. Permitid que á mi vez pueda hablar francamente. No me engañais, señora, os engañais á vos misma. Equivocais con el amor la tierna piedad que sentís por ese

infortunio que os ha costado terribles sacrificios. Conozco el corazon humano, y sé que no puede seros grato veros esposa de un hombre que solo puede pensar en su desgraciada enfermedad. ¿Y qué debeis á ese hombre? Vuestros cuidados, vuestra piedad; pero no vuestro amor que sería un tesoro perdido; y este tesoro le concedereis muy pronto al que os le pague con una ternura esclusiva; al que no pudiendo daros su mano, os suplica de rodillas que acepteis su corazon y su fortuna...

LUISA. (*Impaciente*). ¡Ah! ¿Sabeis que soy pobre? No os engañais, y este un nuevo título que os obliga á respetarme.

ESCENA IV.

DICHOS. SUSANA.

SUSANA. Señora; mi amo y la señorita vienen por la verja... (¡Calla!.. aquí está...)

LUISA. Oís, caballero.

ARMANDO. (*A Luisa*). (Me retiro, señora; pero volveré pronto).

SUSANA. (*Con aspereza*). Por aquí caballero: os enseñaré el camino.

ARMANDO. (Con eso le aprenderé para volver).

En cuanto salen ambos por la puerta de la derecha, aparecen por la verja Alberto y Julieta. Esta tiene seis años, viene sencillamente prendida, pero con buen gusto. Alberto igualmente, pero casi con elegancia, y su trage demuestra el cuidado y esmero de Luisa.

ESCENA V.

LUISA. ALBERTO. JULIETA.

Luisa asustada por las últimas palabras de Armando, se deja caer sobre una silla bajo el emparrado. Alberto viene guiado por Julieta.

ALBERTO. (*Deteniéndose en el foro*). Gracias, hija mia; ya no necesito que tu lindo mano me guie. ¿Estás aquí mamá?

JULIETA. Sí, bajo el emparrado.

ALBERTO. (*Queriendo ir solo*). Ya sé... ya sé...

JULIETA. Ten cuidado...

ALBERTO. (*Bajo*) Dame el ramillete.

LUISA. (Ese hombre me hace temblar).

(*Alberto y Julieta se aproximan á Luisa y simultáneamente la abrazan*).

JULIETA. ¡Mamá!

ALBERTO. ¡Luisa mia!

LUISA. ¡Ah! Ya estais aquí. (*Abrazándolos*). No me abandoneis nunca.

ALBERTO. Hemos tardado, pero no nos regañes mucho; Julieta y yo habíamos formado un complot, porque te gustan mucho las flores, y el invierno ha destruido todas las de nuestro jardin. Esta mañana me llevó Julieta en casa del anciano Gerónimo, nuestro vecino, el cual nos ha permitido agotar su cercado. Julieta ha elegido los mas bellos matices, y yo los perfumes mas delicados para formar este ramillete que te ofrecemos. Hoy hace seis años que Dios nos concedió á Julieta, y desde aquel dia todos le doy gracias, y mantengo lleno de alegría mi corazon. Entre vosotras dos, ángeles mios, soy dichoso, sí, soy muy dichoso. (*Las abraza*). Pero... ¿qué estais haciendo... encages?

LUISA. Sí... un frontal para el convento de Genoveva.

ALBERTO. Me alegro.

ESCENA VI.

DICHOS. SUSANA.

SUSANA. Buenas nuevas, señora. Cuando estaba cerrando la puerta grande he visto pasar al criado del señor Darcy.

ALBERTO. }
LUISA. } ¡Darcy!

SUSANA. El doctor ha llegado esta noche, y José me ha dicho que la primer visita de su amo será para vos.

ALBERTO. Tienes razon, buena Susana; escelente nueva es la de

haber llegado Darcy. (*A Luisa*). Creo que volverás á ver con gusto á nuestro caro doctor.

LUISA. (*Haciendo á Susana un signo de inteligencia*). Yo lo creo: y le consultaré acerca de Julieta.

SUSANA. (Comprendo).

ALBERTO. ¡De Julieta!

LUISA. No te inquietes por esto: yo creo que la convendrá respirar un aire mas puro y vivo, y si el doctor es de mi parecer, consentirás en...

ALBERTO. Mi Julieta padece... ¡Está enferma!

JULIETA. No, papá, no por cierto.

ALBERTO. Luisa, marcharemos cuando quieras; al momento si es preciso.

ESCENA VII.

DICHOS. DARCY.

DARCY. (*Que ha oido las últimas palabras*). ¡Cómo se entiende! ¿Marchar cuando yo llego? ¡Qué disparate!

SUSANA. ¡El doctor!

LUISA. ¡Señor Darcy!

ALBERTO. ¡Amigo mio!

DARCY. (*Corre hácia Alberto que le busca, y le estrecha la mano*). Querido Alberto, tan pronto como he sabido que no podíais ir á buscarme, he venido á veros.

ALBERTO. (*Triste*). ¿Habeis sabido?.. (*Reponiéndose*). Pero hablemos de vos, que sin duda esparcireis un poco de alegría en esta triste casa. ¡Ah! Me alivia mucho el estrechar vuestra mano... Y no se ha alterado vuestra salud durante tan eterno viaje.

DARCY. No, por desgracia. (*Rie*). Cuando dejé á Nimes, me puse á correr como un loco que tiene miedo de su misma locura. (*Mirando á Luisa*). De París fuí á las Indias, á Kanschatka; tan pronto como llegó á mis oidos el ruido de la guerra de Oriente. Sí, amigos mios; he estado en Crimea de... aficionado; y cuando sobre el campo de batalla encontraba algun herido, me dedicaba á curarle. Las balas silvaban por todas partes, y yo alzaba las espaldas á ver si... ¡pero nada

(*Señalando á su joroba*). Creo que las balas tenian miedo de esta prominencia porque pasaban por encima y yo he vuelto con mi pesada carga.

LUISA. ¡Y con esa honrosa condecoracion!

ALBERTO. ¿De veras?

DARCY. Sí.

ALBERTO. Está colocada sobre un noble corazon.

DARCY. Eso mismo me dijo el mariscal cuando yo reusaba aceptarla. Pero estoy hablando de mí como un necio, debiendo ocuparme sólo de vosotros. Esta mañana he tenido noticia del cruel golpe que os ha herido.

ALBERTO. El mismo dia de vuestra partida: pero si os han hablado de mi desgracia, tambien os habrán referido la sublime abnegacion de mi querida Luisa. Cuando los médicos dijeron que mi vista se habia estinguido para siempre, devolví á su padre la palabra y dejé libre á Luisa de su juramento. «Me dejas en libertad, contestó, y voy á disponer de mí: no quiero ser esposa sino del hombre á quien amo, y este hombre sois vos: yo seré vuestro consuelo, vuestra luz,» y... ella, en efecto, me condujo á su padre y mas tarde me guió al altar, en donde un sacerdote bendijo nuestra union. El cielo tambien la bendijo concediéndonos á Julieta, nuestra linda hija... Perdóname, querida Luisa, si lloro... si os envidio á todos porque todos veis á mi querida Julieta y yo jamás la veré. ¡Debe ser tan bella!.. Decidme, doctor, que se parece á su madre, á mi hermosa Luisa.

JULIETA. Caballero, decid á mi papá lo que desea, para que no llore y me quiera mas cada dia.

DARCY. Hija mia, quisiera obedeceros, pero... encuentro un obstáculo.

ALBERTO. ¿Cuál?

DARCY. Que la niña se parece mucho mas á vos mismo que á su madre, amigo mio, y... espero que llegueis á juzgar de esto por vuestros ojos.

LUISA. }
SUSANA. } ¡Ah!

ALBERTO. (*Con afan*). ¿Qué habeis dicho, doctor?

DARCY. Digo... digo que poseo un específico maravilloso: que

he visto en mis viajes obrar grandes prodigios, y que tal vez Dios me conceda el placer de hacer uno aquí.

ALBERTO. ¡Ah! ¡volveré á ver á Luisa... veré á mi hija!

DARCY. De nada respondo, pero lo intentaré todo. Solo necesito un poco de tiempo, y vos necesitais valor y tranquilidad; tranquilidad sobre todo.

ALBERTO. Mis presentimientos no me han hecho traicion. Mil veces he dicho á Luisa que si llegaba á ser devuelta la amada luz á mis tristres ojos seria por la mano de mi querido Darcy. ¡Oh! ¿Por qué habeis tardado tanto? Hace un año que por poco pierdo á mi esposa y mi hija, asesinadas por mi mano.

LUISA. ¡Amigo mio!

ALBERTO. Me engañé en que Luisa faltase de casa un dia entero, para asistir á la toma del velo de Genoveva. Julieta, despues de haber marchado su madre se sintió mala, y yo quise velar su sueño durante la noche, ¡como si yo pudiese servir para alguna cosa! Hice retirar á Susana, y yo permanecí junto á la cuna de nuestro ángel querido; espiando sus movimientos creí notar que su respiracion dulce y tranquila, se hacia difícil y para asegurarme de su estado febril, quise tomar su linda mano y separé las cortinas. De repente la niña exhala un grito de terror: ¡fuego! ¡fuego! esclama, porque yo habia acercado las colgaduras á la luz cuya colocacion no podia ver. El terror me pone fuera de mi mismo; tomo á Julieta en brazos, y trato de huir con ella, pero instantáneamente las llamas llegan hasta mi rostro y una masa compacta de humo ahoga mi voz. Mi hija, á quien yo llevaba cubierta con mis vestidos se desmaya, no me responde y caigo de rodillas, colocándola bajo mi cuerpo, á fin de retardar mas su muerte. En tan supremo y terrible instante dirijo á Dios un grito de angustia, y este aterrador grito fué respondido por otro: cuando los mas animosos vacilaban sin determinarse á entrar por entre las llamas para socorrernos, una mujer se lanzó en aquel destructor horno y desafiando mil veces á la muerte, llegó hasta nosotros. Ya habreis comprendido, doctor, que esta mujer era una madre... ¡era Luisa!

SUSANA. Señor Darcy; José acaba de traer esta carta: dice que es urgente.

DARCY. (*Lee*). De la quinta de Armonville.

SUSANA. Está un cuarto de legua de esta casa.

DARCY. Con vuestro permiso, señora. (*Lee aparte*). «Caballe-»ro, me han alabado vuestro saber y me he decidido á »llamaros, aunque para curarme me falta la fé hácia »la medicina... firmado, Duperrier de Lion.» (*Como hablando consigo mismo*). Pues entonces... que se cure solo este caballero.

SUSANA. ¿Me dais la respuesta?

DARCY. No... Sí...

ALBERTO. Doctor, si quereis escribir, Luisa os conducirá á mi despacho.

LUISA. Espero que sereis nuestro todo el dia.

DARCY. Sin duda alguna: sino hubiera sido por el gusto de veros, no habria vuelto por acá. Hasta ahora, Alberto. (*Estrechándole la mano*).

LUISA. Julieta, acompaña á tu papá, no le dejes.

JULIETA. Vé sin cuidado, mamá: no le dejaré solo.

DARCY. Hasta luego, querida mia. (*Luisa entra en la casa con Darcy. Susana ha salido ya. Alberto y Julieta quedan en escena*).

ESCENA VIII.

ALBERTO, JULIETA.

ALBERTO. (*Vá á sentarse junto á la mesa bajo el emparrado*). Julieta, ¿estás aquí?

JULIETA. (*Yendo hácia él*). Sí, papá.

ALBERTO. (*Tomándola la mano*). (Tiene fria la mano). No estoy contento, Julieta.

JULIETA. ¿No estás contento conmigo?

ALBERTO. ¡Hija mia! contigo sí; pero padeces y callas.

JULIETA. No, querido papá; estoy buena; mamá si que está mala.

ALBERTO. ¡Tu mamá!

JULIETA. ¡Trabaja tanto! Cuando crees que está paseando por el dia, ó que descansa durante la noche, está bordando

siempre bordando; yo lo he visto y he acompañado á Susana cuando la sube el bastidor á su cuarto.

ALBERTO. ¡Oh! Mi Luisa querrá distraer su fastidio: la he proporcionado una existencia bien monotona y triste.

JULIETA. Papá, ¿no has recibido hoy ninguna carta?

ALBERTO. No. ¿Por qué lo preguntas?

JULIETA. Porque hace dias que te preparo una sorpresa; pero... los secretos me ahogan y... te lo voy á decir todo. Ya puedo reemplazar á mamá para distraerte con la lectura y... ya sé tambien leer en manuscritos.

ALBERTO. (*Sonriendo*). ¿Sí?

JULIETA. ¡Vaya! y dice Susana que los leo como si estuvieran impresos. Si no me crees, busca en los bolsillos algun papel... deja, deja... aquí hay cartas, en el canastillo de la labor de mamá.

ALBERTO. No quiero que Luisa se ataree tanto y... si quiere, viajaremos. (*Consigo*).

JULIETA. (*Coge una de las cartas*). Ahora verás si leo casi, casi, como mamá y esta letra es bien gruesa.

ALBERTO. Vamos lectorcita mia, ya te escucho.

JULIETA. Si me abrazas tanto, no podré leer... Escucha. «Señora: cuando reedifiqué toda la parte del edificio que »el incendio habia consumido, os prometí daros tiem»po para satisfacer su importe.»

ALBERTO. Esa carta es de Girad el estagista... Luisa me habia dicho... Continúa, hija mia, continúa.

JULIETA. «Pero necesito ahora ese dinero, y comprendiendo »hasta donde llega vuestra angustiosa situacion, temo »verme obligado á embargar y vender vuestra casa.»

ALBERTO. ¡Eso es imposible!

JULIETA. Si he leido bien...

ALBERTO. ¡La firma! ¡la firma!..

JULIETA. Girad.

ALBERTO. (*Procurando ocultar su emocion*). Julieta, llama á Susana.

JULIETA. Pero si me ha dicho mamá que no te deje...

ALBERTO. Haz lo que te digo, hija mia. ¡Ah! ¿Dónde está esa carta?

JULIETA. (*La coloca junto á la otra*). La he puesto en la mesa.

ALBERTO. Anda, hija mia, anda.

JULIETA. (*Saliendo*). Está enfadado... y yo he leido bien.

ALBERTO. Yo que le creia pagado y... es nuestro acreedor. . nos amenaza con un embargo... ahora comprendo el ingenioso engaño de Luisa, para hacerme salir de esta casa, y ahora me esplico tambien el motivo del incesante afan con que trabaja á toda hora para mantenernos y con el cual se asesina. El amor de Luisa ha recibido de mí por toda recompensa la ruina y la miseria... y esto solamente podré legar á mi inocente Julieta... Pero... ¿qué puedo hacer? ¡Ser jóven, fuerte, animoso, tener inteligencia, energía y no servir para nada!.. No, no dejaré que arrojen á Luisa de la casa de su padre... no... mas ¿qué puedo hacer? ¡Dios mio, Dios mio! dignaos hacer un milagro, porque yo solo puedo dar mi vida... ¡Deliro! (*Se detiene como herido por una idea*). Gracias, Dios mio; esta inspiracion viene de tí... aun puedo asegurarles una fortuna, y cuando creía que solo podia darles mi sangre, recuerdo que mi honor puede enriquecerlas. Necesito ir á Lion, mas... ¡me hace falta un guia!

ESCENA IX.

ALBERTO. LUISA. DARCY.

DARCY. Mil gracias, señora; en un instante la pongo yo mismo en el correo.

ALBERTO. (Hé aquí el guia que necesito) (*Luisa sale con su chal y sombrero llevando consigo el lio de los encages*).

LUISA. ¿No está aquí Julieta?

ALBERTO. Ha ido á buscar á Susana: deseo hablar con el doctor.

LUISA. Os dejo.

ALBERTO. ¿Vas á salir?

LUISA. Sí; voy á hacer varias compras.

ALBERTO. (*Dirigiendo la mano hácia Luisa tropieza con el papel*). ¿Qué llevas ahí?

LUISA. Es...

ALBERTO. (*Tocando el papel*). ¿Serán encages?

LUISA. Sí, para que los remitan á Genoveva.

ALBERTO. (*Enternecido besa la mano á Luisa llorando*). (Vá á venderlos).

LUISA. Alberto, ¿por qué lloras?

ALBERTO. ¡No, no lloro .. Te bendigo y... te amo! (*Conteniéndose, la abraza*).

ESCENA X.

DARCY. ALBERTO.

ALBERTO. Doctor, ¿estamos solos?

DARCY. Solos.

ALBERTO. Habeis hecho que por un momento brille un rayo de esperanza enmedio de mi eterna y dolorosa noche; mas, ni vuestra amistad ni vuestra ciencia podrán devolver á mis tristes ojos la perdida luz.

DARCY. Querido Alberto, los mas crueles remordimientos emponzoñarian mi vida, si os hubiera engañado un solo instante: os dije entonces y os repito ahora. «De nada respondo, mas lo intentaré.»

ALBERTO. Añadisteis que el éxito pende del tiempo...

DARCY. Quise deciros que no conviene precipitarse...

ALBERTO. Pero si no es posible esperar....si estamos arruinados.

DARCY. ¡Arruinados!

ALBERTO. El fatal incendio, obra de mi mano, nos ha conducido á esta desesperada posicion. Esta casa vá á ser embargada, vendida...

DARCY. ¡Embargada!.. ¡No lo será!

ALBERTO. Os comprendo: comprendo hasta dónde llega vuestra generosa bondad, y por salvar á mis dos queridos ángeles no vacilaria en aceptar vuestro cordial auxilio: mas antes de acudir á vuestro recursos, debo agotar los mios.

DARCY. Teneis...

ALBERTO. Uno me queda: aun pueden ser ricas mi esposa y mi hija... Tengo padre y este no puede abandonarlas.

DARCY. ¡Teneis padre!

ALBERTO. Sí, un padre á quien la ley humana ningun deber impone respeto de mí; mas la ley divina le obliga á dar pan á aquellos que le deben la vida. Tiene un corazon generoso y fué muy bondadoso conmigo: me abrió su casa, me confió su fortuna y ofreció dividirla conmigo; mas .. mas la fatalidad hizo que me creyese embustero, ladron...

DARCY. ¡Ladron!.. ¡Vos!

ALBERTO. ¿No lo creeis, es verdad?

DARCY. (*Estrechándole ambas manos*). No por cierto.

ALBERTO. El debió creerlo. Ahora para ir en casa de mi padre, sin que Luisa lo sospeche, necesito de un guia y... hé contado con vos, doctor. ¿Me llevareis á Lion?

DARCY. Al momento; y yo hablaré al alma á vuestro padre.

ALBERTO. ¿Iremos pronto?

DARCY. Mañana si quereis. Voy á mandar que estén dispuestos mis caballos y mi silla y volveré á buscaros, porque en el estado de febril exaltacion en que os encontrais, no debo dejaros. (*Va y vuelve*). Cuidado, que me habeis de dejar hablar con vuestro padre y... á propósito, ¿cómo se llama?

ALBERTO. Duperrier: vive en Lion.

DARCY. ¿Duperrier? (*Mirando la carta que ha recibido*). (El mismo).

ESCENA XI.

DICHOS. SUSANA.

SASANA. Señor Darcy, vienen de la quinta de Armonville, á buscar la respuesta de parte de...

DARCY. (Calla, calla). Ahora voy á darla. (En Armonville y no en Lion hay que buscar á este Duperrier... y es preciso buscarle... ni mañana, ni luego, ahora mismo). Vuelvo, querido Alberto.

ESCENA XII.

ALBERTO. SUSANA.

ALBERTO. Susana...

SUSANA. Señor...

ALBERTO. ¿Sabes á dónde ha ido mi mujer?

SUSANA. (Callemos). Habrá ido á pasear un poquito.

ALBERTO. No puedes engañarme, Susana. Tú, que casi has visto nacer á mi querida Luisa, debes ser confidente de sus mas íntimos secretos.

SUSANA. Señor... yo...

ALBERTO. Aquí todos quieren engañarme y... sin embargo, yo lo sé todo.

SUSANA. ¿Pero señor, qué es lo que sabeis?

ALBERTO. (*Coge de la mesa la carta de Armando en vez de tomar la de Girad*). Susana, ya sé lo que esta carta contiene, porque mi hija, sin saber la inocente que me desgarraba el corazon, me la ha leido.

SUSANA. ¡Ah! La carta del jóven imprudente...

ALBERTO. (*Sorprendido*). ¿De qué jóven?

SUSANA. (*Con volubilidad y energía*) La señorita no os lo habrá leido todo, porque de otro modo, no podríais sospechar, ni creer... además, si mi señora es notable por su belleza, y ese loco se ha atrevido á escribirla, no es culpa suya: en cambio se ha quedado sin respuesta.

ALBERTO. ¡Susana, Susana, qué estais diciendo!

SUSANA. ¿Qué digo? ¡Que mi señora es honradísima, y que usando de una energía sin igual, puso no hace mucho en la puerta á ese caballero.

ALBERTO. ¡Y se atrevió el infame á venir á mi casa!.. ¡Se atreve á querer robarme su amor, que es mi único, mi último tesoro, mi sola felicidad y yo lo ignoraba! Mas... ¡qué puedo hacer, siendo un ciego miserable! Puede venir todos los dias, á toda hora, ¿y como podré yo adivinar la llegada de mi osado rival? ¡Cómo mi infeliz esposa podrá buscar un refugio cerca de mi, si nó puedo protegerla, porque soy ciego!!!

ESCENA XIII.

DICHOS. LUISA. ARMANDO.

LUISA. (*Indignada*). ¡Caballero, me seguís hasta aquí! ¡Sois un infame!

ARMANDO. (*A Luisa señalando á Alberto*). (Cuidado, no puede verme, pero puede oiros).

SUSANA. (*Viéndolos*). (Tambien ahora la sigue).

LUISA. ¡Marchaos, caballero, marchaos!

ALBERTO. Me parece que he oido la voz de Luisa...

LUISA. (*A Armando*). Sí, querido amigo. Aquí estoy. (Marchaos pronto).

ARMANDO. No lo haré sin que primero me prometais escucharme esta noche.

LUISA. ¡Nunca!

ARMANDO. (*Señalando á Alberto*). Entonces me quedo.

LUISA. (*Indignada*). ¡Ah!

SUSANA. (*Estallando*). Pues yo os digo que á vuestro pesar marchareis.

ALBERTO. ¿A quién hablas de ese modo?

SUSANA. A un insolente que se atreve á faltar al respeto á mi señora.

LUISA. (*Asustada*). ¡Susana!

ARBERTO. (*Avanzando*). ¡Está aquí!

SUSANA. Y no quiere marchar.

ALBERTO. ¡Oh! Yo sabré arrojarle de esta casa.

LUISA. (*Abrazándole*). ¡Querido Alberto!

ALBERTO. Sí, Luisa mia, colócate sobre mi corazon: este es el puesto que te corresponde, este es tu refugio.

SUSANA. (*A Armando*). ¿Veis eso, y no os marchais?

ALBERTO. No, no quiero que se vaya. Antes es precíso que me escuche y yo lo oiga, porque no pudiendo reconocerle por el rostro, le conoceré por la voz; de este modo, cuando yo la oiga resonar en cualquier parte, podré decir: «¡Esa voz que acabo de escuchar es la de un villano, un infame!

ARMANDO. (*Adelantándose un poco*). ¡Caballero!

ALBERTO. (*Andando en direccion de la voz*). Sí; es infame y vi,

llano el que persigue á una mujer honrada hasta el hogar conyugal, el que la insulta cuando la vé en los brazos de su esposo, ciego por desgracia; mas... si este no puede ver el ultraje, puede castigarlo. (*Andando sin direccion*). Voy á buscaros y os encontraré si no huís... dadme vuestra mano.

ARMANDO. (*Se acerca*). Tomadla.

ALBERTO. (*Asiéndole con ira*). ¡Ah!

LUISA. Susana, por Dios, llama... pide socorro...

SUSANA. Voy, voy, señora. (*Sale*).

ALBERTO. (*Sin atender á Luisa y Susana*). ¿Creeis que á esta distancia serán iguales nuestras fuerzas?.. pues... mañana, dos testigos nos colocarán de este modo con una pistola en la mano.

LUISA. ¡Ah!

ARMANDO. ¡Bah!

ALBERTO. ¡Oh! ¿Teneis miedo?

ARMANDO. ¡Yo!

ALBERTO. (*Muy marcado con rabia concentrada*). Cuando se insulta á un ciego, hay que batirse... á ciegas.

ARMANDO. Caballero... rehuso un...

ALBERTO. ¡Miserable! Yo os obligaré á ..

ARMANDO. (*Logrando desasirse y alejándose*). ¿Cómo?

ALBERTO. Se escapa... se aleja de mí y no puedo seguirle para públicamente provocarle, y ante todo el mundo abofetearle el rostro!! ¡Dios mio! (*Aparece Darcy acompañado por Susana, y se detiene en el fondo.*) ¿Por qué no me quitais la vida? La miseria va á asesinar á mi hija, y contra la miseria nada puedo. Se atreven á insultar á mi esposa, y no puedo hacer pedazos al infame que la insulta... ¡Oh! ¡Arrancadme la vida, Dios mio, arrancádmela!! (*Cae á los pies de Luisa, quien se arroja al suelo para levantarlo.*)

LUISA. ¡Querido Alberto!

ARMANDO. Sosegaos, señora; olvidaré los ultrajes de ese desgraciado, porque. . no es posible batirse con un ciego.

DARCY. (*Asiéndole con ira de un brazo*). ¡Es cierto; pero es muy posible batirse con un jorobado!

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Sala decentemente amueblada en casa de Duperrier.—Puertas laterales y al fondo.

ESCENA PRIMERA.

ARMANDO. REMY. *Despues* DUPERRIER.

ARMANDO. ¿En dónde está mi padre?

REMY. En su cuarto: sigue indispuesto.

ARMANDO. ¿No ha preguntado por mí?

REMY. Solo ha mandado llamar á un médico y... me parece que hay gran distancia de una cosa á otra.

ARMANDO. (*Altivo*), ¡Cómo!.. ¿Qué quieres decir?

REMY. Que espera su salud de la visita del médico, y de la vuestra tal vez esperaria...

ARMANDO. El aire de Nimes le es tan desfavorable como el de Lion, y no sé por qué nos tiene enterrados en este lugaron, en el cual se muere uno de fastidio, y en donde las mujeres son todas de una naturaleza ridícula.

REMY. Si el amo hubiera seguido vuestros consejos, ¡qué bien estaríamos ahora en París!

ARMANDO. Allí hubiera encontrado célebres médicos..

REMY. Y vos muchas bellezas menas indóciles.

ARMANDO. Por mí, poco pienso estar en Nimes.

ESCENA II.

DICHOS. DUPERRIER.

DUPERRIER. Sois dueño de marchar ahora mismo.

ARMANDO. (¡Mi padre!)

DUPERRIER. (*A Remy*). ¿No ha venido el médico?

REMY. Debe llegar al momento.

DUPERRIER. Déjanos solos y avisa cuando venga.

ARMANDO. Ahora me espera una plática moral... mejor será desalojar el campo.

DUPERRIER. Deteneos.

ARMANDO. Dispensadme, pero... tengo un asunto importante que...

DUPERRIER. Poco tiempo os detendré, y... podreis acudir á vuestros importantes asuntos. Solo quiero saber por qué causa habeis mandado bajar un mueble que está en mi cuarto.

ARMANDO. Permitidme recordaros que esta casa forma parte de la herencia de mi madre... y nadie tiene derecho para disputarme su propiedad.

DUPERRIER. Hasta el dia en que para evitar el escándalo ocasionado por los procedimientos judiciales ordenados contra vos, presté sobre esta finca sumas considerables que casi superan á su valor.

ARMANDO. Mandé bajar ese mueble, porque debe encerrar ciertos valores que me pertenecen.

DUPERRIER. (*Con amargura*). ¡Eso es!.. ¡valores... oro! ¡Jamás aparecísteis en mi casa, sino en busca de semejantes objetos!

ARMANDO. Señor... os engañais; mi primera pregunta fué para informarme de vuestra salud, y...

DUPERRIER. La respuesta os habrá sido sumamente grata, porque mi salud se debilita por momentos.

ARMANDO. ¡Oh!.. podeis creer...

DUPERRIER. Sabeis el crédito que doy á las frases respetuosas y sentimentales... hablemos de esa cómoda...

ARMANDO. Deseo saber lo que contiene, porque un ebanista de esta ciudad ha venido á verme y me ha dicho con gran misterio: «Caballero, me han asegurado que vais á vender esta casa: si así lo haceis, registrad antes una cómoda de ébano que está en la alcoba que fué de vuestra madre. En dicha cómoda existe un secreto conocido solamente por aquella señora y por mí, el cual consiste en una moldurita colocada á la izquierda que hace jugar el resorte, apretándola con fuerza. Yo construí aquel mueble de órden de la señora de Duperrier, y como poco despues murió repentinamente, es probable que no haya estraido los objetos encerrados en él.» Hé aquí, señor, por qué se ha escitado mi curiosidad, suponiendo que los objetos encerrados con tal cuidado, deben ser de gran valor, y... espero que no os opondreis...

DUPERRIER. (*Siempre con amargura*). Sea como deseais; y si encierra algun tesoro, no seré yo seguramente quien os dispute su posesion: mas... tened muy presente que ha de registrarse delante de mi... ¡Lo exijo!

ARMANDO. Puesto que lo exigis, mandaré que le traigan á esta sala.

ESCENA III.

DUPERRIER. DARCY.

DUPERRIER. Yo no me engañé: la esperanza de encontrar alhajas ó dinero en ese mueble que fué de su madre, es la que le preocupa; la sed de riqueza le trajo á mi lado... ¡Oh!.. Ni una sola gota del amargo cáliz me economiza el cielo... No; las torturas del alma acompañan á los sufrimientos del cuerpo. ¡Riqueza! De qué sirves sin ninguna dulce afeccion, sin otra compañía que la de un hijo, que al preguntar por la salud de su padre quiere decir: «¿Heredaré muy pronto?..» ¡Oh! Si yo pudiera vivir largo tiempo, odiaria á los hombres.

REMY. Señor...

DUPERRIER. ¿Qué quieres?.. A nadie recibo.

REMY. Es el médico á quien habeis llamado.

DUPERRIER. Siento haberlo hecho... mas... que pase: le despacharé bien pronto. (*Aparece Darcy.—Duperrier le mira con asombro*). ¿Sois vos... el doctor Darcy?

DARCY. Si señor; ¿no me anunció vuestro criado?

DUPERRIER. Dispensadme, pero... me habian alabado vuestro talento... y no esperaba...

DARCY. ¿Que fuese jorobado? Pues... permitid os recuerde que un médico no necesita ser un Adónis, porque la ciencia no se aloja en las espaldas; existe en la cabeza.

DUPERRIER. Caballero, os he llamado...

DARCY. (Pero no me dice que me siente). (*Se dirige á la chimenea y llama).*

DUPERRIER. ¡Qué haceis!

DARCY. ¡Qué! ¿No llamais de este modo á los criados?

DUPERRIER. Sí; pero...

CRIADO. ¿Señor? ¿Habeis llamado?

DARCY. En efecto, vuestro amo llama para que me acerqueis un sillon. (*Lo hace el criado y se va*).

DUPERRIER. Sentaos, caballero.

DARCY. Gracias, sois muy bondadoso. (Este es su padre.) *Se sienta junto á Duperrier y le examina con la vista*). ¿Qué edad teneis?

DUPERRIER. (*Con enojo*). Eso no hace al caso.

DARCY. (*Id.*) Al caso hará cuando lo pregunto.

DUPERRIER. (*Id.*) Sesenta y dos años.

DARCY. ¿Cuántos individuos forman vuestra familia, qué amigos os acompañan?

DUPERRIER. (*Con severidad*). ¡Tratais de divertiros!

DARCY. ¡Mas claro! os pregunto á quién amais y de quien sois amado.

DUPERRIER. Caballero, he mandado llamar un médico para que me dé prescripciones respecto á mi salud, no de mis asuntos personales. Ved mi pulso, porque os he hecho venir para entregaros mi cuerpo: los secretos de mi alma son esclusivamente mios.

DARCY. (*Rechazando suavemente el brazo de Duperrier*). Permitid un momento. Cada uno trata á su modo las enfermedades: si deseais que os prescriba sanguijuelas, drogas, y nada mas que drogas, llamad á otro: yo no busco las enfermedades solamente en la lengua y en

el pulso, porque... no pocas veces las he hallado en el corazon.

DUPERRIER. Pues yo, caballero, busco un médico, no necesito á un filósofo. ¿Os conviene asistirme segun mis deseos' ó nó?

DARCY. ¡No!

DUPERRIER. En ese caso, siento infinito haberos molestado.

DARCY. Y no siento yo menos haber perdido el tiempo, y haber faltado á otros enfermos.

DUPERRIER. ¡Os indemnizaré!

DARCY. Y... ¿quereis decirme de qué manera?

DUPERRIER. ¿De qué modo?

DARCY. ¿Con dinero, es verdad?... Si soy mas rico que vos, y todo vuestro dinero y el mio reunidos, no pueden indemnizar la falta que yo puedo haber hecho á otros enfermos... mas dóciles.

DUPERRIER. Sin embargo; yo... quiero... deseo pagaros.

DARCY. Tengo el honor de saludaros. (*Va á salir, y vuelve*). Ese dinero que pensábais darme, podeis emplearle mas útilmente. ¿No han pasado nunca ante vuestros ojos esos pálidos espectros demacrados, desnudos, á quienes el mundo denomina pobres?.. Pues si los veis, distribuid entre ellos la suma que me destinabais: colocadla en el sombrero que humildemente os presenta el anciano, ó en la mano que llorando tiende hácia vos la débil mujer ó el inocente y desvalido niño. Eso, caballero .. se llama hacer limosna. Tengo el honor de saludaros. (*Se aleja*).

DUPERRIER. Dios os guarde... (*Colérico.—Reflexiona un momento y llama presuroso*). Señor Darcy. Señor Darcy.

DARCY. (*Vuelve*). ¿Qué quereis?

DUPERRIER. Doctor... compadecedme... sufro cruelmente, soy débil, anciano... y acaso si fuera uno de esos pobres de que me habeis hablado, sería menos infeliz.

DARCY. Ya sabia yo eso mismo; y porque lo sabia, porque no ignoraba que vuestra alma y no vuestro cuerpo sufre, queria prodigaros los cuidados de un amigo y no las prescripciones de un médico. Ahora comprendereis por qué en vez de deciros dadme vuestro brazo, he dicho franqueadme vuestro corazon.

DUPERRIER. Cedo á vuestro poder; interrogadme, y os responderé sin vacilar.

DARCY. (Gracias á Dios). No hay gran necesidad que digamos, de interrogaros: sin otra diligencia que miraros con detencion, se ven en vuestro rostro los restos de violentas pasiones apagadas.

DUPERRIER. Es cierto.

DARCY. Y leo en vuestro rostro muchos sufrimientos, remordimientos sin límite, amargas lágrimas... vuestro pasado está ante mi vista, ¿es así? Hé aquí la razon por qué os pregunté, «á quién amais y de quién sois amado;» porque en vez de calmantes, de tópicos, necesitais grandes dósis de cariño y dulces afecciones, y esto es lo que os receto. ¿Teneis hijos?

DUPERRIER. (*Vacilando*). Si tengo... ¿Hijos?

DARCY. Sí... Hijos. (*Idem*).

DUPERRIER. (*Con amargura*). Tengo... uno.

DARCY. ¿Vive con vos?

DUPERRIER. Sí... Algunas veces.

DARCY. Y... ¿No teneis otro?

DUPERRIER. *Despues de algun tiempo y con esfuerzo*). No... Ningun otro tengo.

DARCY. (*Tratando de recobrar su humor festivo*). Apostaria doble contra sencillo, á qué sois un escelente padre.

DUPERRIER. (*Como olvidándose de lo que ha dicho*). ¡Oh!.. ¡Si! le hubiera amado tanto, le amaba tanto ya!..

DARCY. ¡Le amaba tanto!.. ¿Pero se trata de otro hijo?..

DUPERRIER. Sí... de otro.

DARCY. Pues bien... hablemos de él.

DUPERRIER. De otro que he perdido.

DARCY. ¿Ha muerto?

DUPERRIER. Sí. (Para mi al menos).

DARCY. Lástima es: acaso él hubiera tenido con vos ese afecto y esos cuidados que os son tan necesarios.

DUPERRIER. No me hableis de él: si viviera le rechazaria de mi lado, le arrojaria de mi casa... le maldeciria.

DARCY. (*Irónico*). Hablais con demasiado encono hácia un hijo que no existe, ni puede defenderse...

DUPERRIER. Os aseguro...

DARCY. (*Levantándose*). Yo tambien os aseguro que si hubiese

muerto, por infame que hubiera sido durante su vida, respetariais el sagrado de su sepulcro. Cuando un padre habla de maldecir á su hijo, es porque sabe muy bien que aun puede perdonarle.

DUPERRIER. ¡Perdonarle!.. (*Se levanta colérico*).

DARCY. Sí señor, perdonarle. Vamos á ver .. nada me oculteis: un médico casi es un confesor. ¿Hace mucho tiempo que estais separado de ese hijo?

DUPERRIER. Hace mucho, en efecto, y para siempre. (*Con energía*).

DARCY. ¡Para siempre!.. ¡Corazon humano, quien puede comprenderte! Para siempre decís, y esas palabras son las que os desgarran el recuerdo de ese hijo, y vuestro mismo corazon se revela contra vos. Hé aquí el orígen de vuestro cruel padecimiento.

DUPERRIER. ¡Basta! ¡Basta!

DARCY. (*Con mas fuerza.*) Hé aqui la causa de vuestra próxima muerte.

DUPERRIER. (*Con fuerza*). Pues bien, moriré; pero no quiero oir hablar de él, porque... aquí no se trata de la vida, se trata de honor. (*Se sienta*).

DARCY. Vamos, vamos, calmaos .. No hablemos mas. (Por ahora). *Examinando el contenido de una cafetera que hay sobre la chimenea*). ¿Qué teneis aquí?

DUPERRIER. Infusion de Genciana. (*Arroja el cocimiento al fuego*).

DARCY. Y... ¿Teneis amigos?

DUPERRIER. Tenia dos que creia encontrar en este pais. Tenia una linda huérfana llamada Genoveva, pero ha entrado en un convento: la avisé para que viniese, y no pudo verificarlo al instante, porque los reglamentos de su comunidad lo impedian.

DARCY. ¿Y la otra persona?

DUPERRIER. Al llegar aquí supe su muerte.

DARCY. ¿Ha muerto?.. Si seria un cliente mio... ¿Cómo se llamaba?

DUPERRIER. Rouseau.

DARCY. Un antiguo notario...

DUPERRIER. Sí.

DARCY. Cierto es en efecto; murió ese excelente hombre y ha dejado una hija...

DUPERRIER. Sí: ya la hubiera traido á mi lado, pero me han dicho que está casada.

DARCY. Sí, sí, está casada y... ¿sabeis con quién?

DUPERRIER. No; pero... ¿es feliz?

DARCY. ¡Feliz! Todas las calamidades se han reunido para estallar juntas sobre su bella cabeza. Un incendio devoró lo poco que poseian y la hermosa jóven que conocisteis radiante de salud, de juventud y vida, está hoy marchita por el incesante trabajo, y pálida por los insomnios y las amargas lágrimas.

DUPERRIER. (*Se levanta rápidamente*). ¡Luisa en la miseria siendo yo rico!.. ¿Por qué no hablabais, doctor?

DARCY. ¡Pardiez! Tambien yo soy rico, pero... tienen una delicadeza que casi, casi, raya en orgullo.

DUPERRIER. Entonces... ¿cómo podremos socorrerles?

DARCY. Tal vez un medio que me ocurre surtiria el efecto.

DUPERRIER. ¿Cuál? ¿Cuál?

DARCY. ¿No teneis necesidad de algunas personas que os amen y cuiden?

DUPERRIER. No hablemos de mí.

DARCY. Sí hablemos, sí: esta jóven os ha conocido en otro tiempo, pues traedla para que cuide de vuestra casa. Su agradecimiento hará que os prodigue sus cuidados y os rodee de ese cariño que para salvar vuestra vida necesitais, y en cambio vos la proporcionareis la existencia tranquila de que carece.

DUPERRIER. Convenido: hacedla venir.

DARCY. Esto es, la colocaremos cerca de vos.

DUPERRIER. Sí, pero... despachaos... ¡Pobre Luisa! Al menos no estaré ya solo. (*Darcy vá y vuelve*).

DARCY. ¡Ah! Decidme; si en lugar de una persona, hubiera dos que pudieran amaros, ¿no seria mucho mejor? porque... Luisa tiene una hija, un precioso querubin.

DUPERRIER. Traed á las dos: ¡Andad! ¡andad!

DARCY. Hasta luego. (*Vuelve*). Decidme...

DUPERRIER. Véamos. ¿Qué mas quereis? (*Con bondad*). Hablad sin recelo.

DARCY. He pensado, que traeremos á la madre y la hija... esto es corriente, pero... pero...

DUPERRIER. ¿Pero qué?

DARCY. Aun nos queda una tercera persona... ¡El marido!

DUPERRIER. ¡El marido!

DARCY. Es claro, el padre de la niña; ¿qué vá á hacer este hombre sin mujer y sin hija? Además, vos ganais en el negocio, porque si teneis tres personas que os amen en vez de dos, ¿no estareis mucho mejor?

DUPERRIER. Doctor, traed tambien al marido.

DARCY. No será el que con menos ardor os ame... (*Con alegría*). Tiene un noble y hermoso corazon.

DUPERRIER. (*Alegre*). Sí; me crearé esta nueva familia que me amará, y á la cual amaré como si fuera mia.

DARCY. ¡Magnífico!.. Decidme, ¿os sentis algo mejor?

DUPERRIER. Sí por cierto; estoy mejor desde..

DARCY. Desde que habeis hecho uso de mis recetas, de mis prescripciones y mis drogas. ¡Ah! Aun tengo otra utilísima pildorita que haceros tragar.

DUPERRIER. ¿De veras? Trataré de ser en adelante un enfermo... mas dócil.

DARCY. (*Con gravedad*). ¿Lo prometeis?

DUPERRIER. Lo prometo.

DARCY. Hasta luego, querido.

DUPERRIER. Hasta luego, apreciable doctor; mi querido amigo. (*Estrechándole la mano*).

DARCY. ¡Hola!.. mi querido amigo y... no hace un cuarto de hora, queriais echarme por la escalera, ¿eh?

DUPERRIER. Es que... no os conocia.

DARCY. ¿Por qué no me ofreceis ahora vuestro dinero?

DUPERRIER. Porque os pago con el corazon... no he hecho otra cosa que cambiar de moneda.

DARCY. (*Estrechándole la mano*). Esta es la que yo aprecio y á la que aspiro. (*Vase*).

ESCENA IV.

DUPERRIER ARMANDO..

DUPERRIER. Es un hombre singular... en un momento me ha hecho olvividar mis sufrimientos, mis pesares, y hasta... ¡y hasta mi hijo! (*Vé entrar á Armando*).

ARMANDO. Ya he dado la órden para que bajen la cómoda á fin

de que vos mismo reconozcais el secreto, segun habeis mandado.

DUPERRIER. (*A los criados*). Colocadla ahí y marchad. (*Los criados salen y Duperrier abre todos los cajones*). Está vacía.

ARMANDO. Se trata de un secreto, y para abrirle...

DUPERRIER. Habeis dicho que debe apretarse con fuerza una moldurita colocada á la izquierda... héla aquí .. esta es sin duda.

ARMANDO. Permitidme... Mi mano es mas vigorosa.

DUPERRIER. No estoy aun tan débil como creeis.

ARMANDO. Sin embargo.

DUPERRIER. Esperad. (*Haciendo un esfuerzo*). Ya cede el resorte. (*Salta una tapa*).

ARMANDO. (*Alargando la mano*). Veamos, veamos pronto.

DUPERRIER. Esperad, señor mio: sea cualquiera el depósito encerrado en ese secreto, perteneció á una persona que no existe; y yo, su marido, el jefe de la familia, tengo el incuestionable derecho de ese depósito y... acaso yo solo deba conocerle.

ARMANDO. Señor...

DUPERRIER. Papeles... cartas... un retrato de hombre...

ARMANDO. (*Aproximándose para leer*). Esos papeles serán sin duda alguna acta importante.

DUPERRIER. Esperad un momento... aunque solo sea por respeto á vuestra madre. (*Se aleja y recorre con la vista los papeles*). (¡Qué veo! Sí, de Jorge Courval... el corazon me lo decia .. suyas son estas cartas... se amaban desde antes de su matrimonio... desgraciada mujer; que juró ante Dios fidelidad á su esposo!)

ARMANDO. (¿Qué contendrán esos papeles?)

DUPERRIER. ¡Dios mio!.. (*Mirando siempre los papeles*). Se amaban... Ella habla aquí de mi felicidad, de mi riqueza, que se desposó conmigo á pesar de los juramentos que le habia hecho... y él invoca estos juramentos... quiere verla... la suplica á nombre de... su amor... á nombre de ese hijo cuya paternidad le he robado... de ese Armando... que es su hijo... ¡su hijo! (*Con entonacion de horror*).

ARMANDO. (*Queriendo coger los papeles*). Esto es ya demasiado; es necesario que yo sepa...

DUPERRIER. ¡Desgraciado!

ARMANDO. Señor, mientras he sido menor de edad, habeis tenido el derecho de mandar sin rémora; hoy tengo el de reclamar esos papeles que pertenecieron á mi madre.

DUPERRIER. Jamás llegareis á poseerlos.

ARMANDO. (*Amenazando*). Os aseguro que los poseeré.

DUPERRIER. Colmad la medida de vuestros crímenes, desgraciado: levantad sobre mí vuestro atrevido brazo: ¿qué os detiene? No os arredre el ver mi calva frente rodeada de cabellos blancos, porque vos la habeis cubierto de vergüenza... ¿Qué os detiene, pues? ¿Es el respeto á la ancianidad? No, porque sois un infame: ¿será el temor del castigo que se impone á los parricidas?.. Si este temor os detiene, no vacileis, porque... ¡no soy vuestro padre!

ARMANDO. ¡No sois... mi padre!

DUPERRIER. Tomad, tomad ese precioso tesoro... que yo queria... arrebataros... contiene la deshonra de vuestra madre y... alejaos con él de esta casa, puesto que... nada sois para mí. (*Armando baja la cabeza*). Salid... os digo que salgais de aquí.

ARMANDO. (*Irguiendo poco á poco la cabeza*). Olvidais, caballero, que si ante Dios no soy vuestro hijo, lo soy ante la ley.

DUPERRIER. (*Cae sobre un sillon*). ¡Oh! ¡Qué infame sois!

ARMANDO No es posible que me arranqueis el nombre que llevo, y de mi cuenta queda el defender mis derechos.

ESCENA V.

DUPERRIER.

DUPERRIER. ¿No está aun completo mi castigo, Dios mio?.. Terrible es la espiacion. Abandoné á una honrada jóven que me amaba, la infeliz madre de Alberto. Cuánta ternura era debida á esa admirable mujer; la concedí á otra con la que me desposé por ambicion, por orgullo, y esta á su vez, me hizo traicion... para que el hijo que lleva mi nombre... ¡no sea mi hijo! Mas... me encuentro solo y aislado en el mundo. (*Se oculta el rostro entre las manos*).

ESCENA VI.

DUPERRIER. DARCY. LUISA. GENOVEVA.

DARCY. Allí está... vamos... ánimo,

LUISA. (*Aproximándose*). Le tendré con vuestro auxilio, doctor; y con la compañía de mi querida Genoveva.

GENOVEVA. (*Yendo hácia él*). Señor Duperrier...

DUPERRIER. ¡Al fin habeis venido!

GENOVEVA. En cuanto supe vuestros sufrimientos y pude obtener el permiso, me puse en camino: pero... no vengo sola.

DUPERRIER. ¿Cómo? Luisa... (*Repara en Luisa y la mira con pena*). ¡Vos tambien... Luisa!

LUISA. Si señor, yo soy... la hija de vuestro antiguo amigo.

DUPERRIER. Pero... sois la misma, hija mia, sois aquella hermosa jóven radiante siempre de juventud, de hermosura y de dicha! ¡Ah!.. ¡Cuánto hemos sufrido uno y otro!

LUISA. Sí, mucho he sufrido, pero he rogado mucho tambien y Dios ha escuchado mi humilde súplica, puesto que estoy cerca de vos.

DUPERRIER. Querida hija mia, tu pobre padre... ¡Ah! tenia un alma noble y generosa...

LUISA. El cielo fué con él muy piadoso: le llamó así antes que la desgracia se desplomase enteramente sobre nosotros... murió sin haber sido testigo de nuestra ruina, de nuestra miseria.

DUPERRIER. Enjuga tus lágrimas, hija mia, porque aquí has encontrado la ternura de un padre. (*Mira á Darcy despues á Luisa*). ¿Y tu hija... por qué no la has traido?

DARCY. Porque está acompañando á su papá.

DUPERRIRR. Traedlos pronto...

LUISA. Sí, vendrán, pero...

DUPERRIER. Pronto...

DARCY. Mas... ¿los dos á la vez?.. De ningun modo.

DUPERRIER. Los dos, los dos, lo exijo...

DARCY. Lo exíjo, lo mando, lo quiero y... ¡Siempre lo mismo! Recordad, señor mio, que soy el médico y estoy en el deber de arreglar las dosis, como vos en el de confor-

maros con mí decision. Voy á traer la niña. (*En la puerta del fondo*). Ven, hermosa mia, ven.

JULIETA. (*Entrando*). Aquí estoy, caballero.

LUISA. (*Presentándola á Duperrier*). Hé aquí mi hija, señor.

DUPERRIER. (*Tomándola en brazos*). Querida mia... ¡Qué linda es! (*La abraza*).

JULIETA. Mil gracias, caballero.

DUPERRIER. Si... muy linda... pero... (*Mirando con la mayor atencion*). Es singular esto... encuentro en sus facciones como un vago recuerdo... Sí... (*Darcy y Luisa se estrechan las manos observando á Duperrier como anhelantes por el resultado que esperan*). ¡Existe una estraña semejanza!

DARCY. Decias que...

DUPERRIER. (*Asombrado*). Estos ojos... esa mirada...

DARCY. Y la nariz, y la boca, y... (*Interrumpiéndole*). Vamos, si es un viviente retrato de su padre. (*Vuelve hácia donde está Luisa*).

DUPERRIER. Pero á todo esto, no me habeis dicho el nombre de vuestro esposo.

LUISA. ¿Su nombre?.. (*Temblando*). Tal vez le hayais olvidado y...

DUPERRIER. ¡Qué! ¡Le supe alguna vez! (*Darcy hace signos á Luisa para que continúe y se dirige á la puerta del fondo*).

LUISA. Tengo entendido que en otro tiempo le conocisteis y... que le amasteis mucho...

DUPERRIER. (*Se levanta rápido*). ¡Yo! Su nombre, decid al momento.

LUISA. Es que... tambien creo que le acusais de una falta... de un crímen...

DUPERRIER. ¡Desgraciada! Entonces es...

LUISA. Sí, le acusasteis de un crímen que no habia cometído, caballero.

DUPERRIER. (*Aparece Alberto en la puerta conducido por Darcy*). ¡Dios eterno, es él!

ESCENA VII.

DICHOS. ALBERTO.

LUISA. Ese es mi esposo, caballero.

DUPERRIER. (*Con voz sorda*). ¡El!.. y se atreve.. (*Se dirige hácia la puerta con el brazo levantado en ademan de querer arrojar de su casa á Alberto*).

LUISA. ¡Dios mio!

ALBERTO. (*Tranquilo*). Dispensadme, caballero, si no he venido al momento, pero... no podia verificarlo sin guia porque... ¡soy ciego!

DUPERRIER. ¡Ciego! ¡Está ciego! (*Darcy se arroja rápidamente á Duperrier y le obliga á callar*).

DARCY. (*A Duperrier*). (¡Ah! ¡Si señor, ciego!)

ALBERTO. Pero... ¡Nadie responde! Luisa... Julieta... ¿Dónde está tu mamá?

LUISA. (*Corre á él*). Aquí estoy, amigo mio.

DUPERRIER. Yo mismo quiero...

DARCY. (*Con energía*). Caballero, una palabra, un grito, la menor imprudencia, de vuestra parte, basta y sobra para que se pierda toda esperanza de curacion.

DUPERRIER. Yo callaré, doctor: yo callaré y... á fin de que no reconozca mi voz que le pregunte Genoveva.

GENOVEVA. ¡Yo!

DARCY. Sea como quereis. Querido Alberto, preguntabais por el señor Duhamel, dueño de esta casa... Pues no está aquí; solo me acempañan vuestra esposa y Genoveva.

ALBERTO. Querida Genoveva, buenos dias: os estrañará hallarnos en este sitio, pero nos han dicho que Luisa vá á ocupar aquí no sé que puesto y... á lo que entiendo, este Mr. Duhamel á quien el doctor nos ha recomendado, disfraza sn generosidad bajo el pretesto...

DARCY. Puedo jurar, amigo mio...

ALBERTO. No jureis, no: sabeis que digo bien y sea cualquiera la generosidad de ese caballero, yo no debo aceptarla Caridad por caridad; quiero mejor implorar la de otra persona... de otra, sí, cuyos beneficios puedo aceptar

sin avergonzarme, porque esta persona es... ¡mi padre!

DUPERRIER. (¡Dios mio! ¡Dios mio!)

DARCY. (*A Duperrier*). ¿(Creeis que su padre no se enterneceřá?)

DUPERRIER. ¿Por qué no ha pedido antes auxilios á su... á esa persona. (*Sin contestar á Darcy, dice bajo á Genoveva.*)

GENOVEVA. Decidme, Alberto; ¿cómo habeis sufrido tantas desgracias durante largo tiempo y hasta hoy no habeis tratado de recurrir á vuestro padre?

ALBERTO. ¡Ah!.. Exige de mí un sacrificio demasiado doloroso.

DUPERRER. (¡Un sacrificio!)

ALBERTO. Me acusaba de una falta que no habia cometido, de un crímen con el cual no me habia manchado, y para que me abriese sus brazos era preciso que yo me confesase culpable. Mi padre deseaba devolverme su cariño, pero era preciso pagarle con eterna vergüenza. ¿Creeis que podia aceptar este partido?

LUISA. Querido Alberto...

ALBERTO. Una increible reunion de circunstancias, las mas convincentes pruebas me acusaban, me condenaban, y yo no podia presentar en mi favor otra cosa que 24 años de una vida irreprensible; mi defensa solo podía consistir en protestas y en amargas lágrimas...

DARCY. ¡Y fué capaz de no daros crédito!

ALBERTO. (*Con dignidad*). No pudo hacer mas, amigo mio. Estaba persuadido, convencido de mi supuesto crimen, debia estarlo, y... sin embargo me ofrecia todo su cariño en cambio de una sencilla confesion: ¿Quién hubiera en su caso procedido mas noblemente?

DUPERRIER. ¡Y me defiende aun!.. (*Bajo y tendiendo las manos hácia Alberto*). Este es mi hijo, sí, le reconozco.

ALBERTO. Despues, la desgracia agotó todos nuestros recursos, mis fuerzas, mi valor; es cierto que me arrojó de su lado, pero en él solo confío en el mundo. Iré á su casa ahora que no puedo ver la cólera de su rostro: llamaré humildemente á su puerta, me arrodillaré á sus piés y le diré: «La confesion que en otro tiempo rehusé haceros, la hago hoy en vuestra presencia; sí... soy

culpable... os he robado, pero... tengo una virtuosa mujer, una hija inocente y... su madre lo es tambien: mostraos implacable conmigo, pero sed caritativo con ellas!»

DUPERRIER. (*Como estallando*). ¡Esto es demasiado!.. ¡Alberto!

DARCY. (*Amenazándole*). ¡Caballero!

ALBERTO. ¿Qué voz he escuchado?

DUPERRIER. ¡Alberto, Alberto, hijo mio!! Dejadme, doctor, dejadme...

ALBERTO. Pero... ¿Es mi padre?

LUISA. GENOVEVA. } ¡Su padre!

DUPERRIER. Sí, sí, ¡Su padre que abre los brazos para estrecharte en ellos!

ALBERTO. (*Cayendo de rodillas y tendiendo los brazos en busca de Duperrier*). ¡Ah!.. ¡Padre mio!...

DARCY. El diablo se llevó mis prescripciones: caballero... os habeis portado perfectamente.

DUPERRIER. (*Levantando á Alberto y abrazándole*). ¡Oh! no temais, doctor; no le enviará Dios una nueva desgracia, cuando está en los brazos de su padre que le bendice!

ESCENA VIII.

DICHOS. ARMANDO *en el fondo.*

ALBERTO. ¡Estaba en vuestra casa, cerca de vos, padre mio, y mi corazon no lo habia adivinado!

ARMANDO. Recibid mi parabien, señores... (*Irónico*). La escena es al estremo interesante...

DUPERRIER. ¡Cómo... vos aquí!

ARMANDO. (*Con intencion*). Aquí estoy, padre mio.

ALBERTO. ¡Que voz estoy escuchando!

DUPERRIER. Os atreveis...

ARMANDO. (*A media voz*). La ley me concede el derecho de llamaros así, y ahora comprendo el motivo que teneis para arrancarme vuestro nombre, pero... aquí yo solo tengo el derecho de llevarle... (*Con firmeza*).

ALBERTO. (*Como luchando con una idea*). Sí, el debe ser...

DUPERRIER. Y por cierto que le sabeis llevar dignamente.

ARMANDO. ¡Siempre le llevaré mas dignamente que un hombre á quien habeis acusado de un robo!

ALBERTO. Caballero...

DARCY. (*Interrumpiendo á Alberto, dice á media vos á Armando*). ¿Habeis olvidado que tenemos pendiente cierta cuentecita?

ARMANDO. (*Desentendiéndose de las palabras de Darcy, dice á Alberto*). Desearía, porque yo no os acuso, que en vez de protestas y enojo, presentárais una plena justificacion...

ALBERTO. Mis desgracias y el haber perdido la vista, no me han permitido buscar los medios de justificarme. Si no, hubiera buscado al delincuente hasta encontrarle, para señalándole con el dedo, esclamar: «Ahí teneis al ladron;» porque le conozco, sí señor, le conozco.

AMANDO. (¡Qué dice!)

DUPERRIER. ¡Le conoces!

ALBERTO. Sí, padre mio: ignoro su nombre: pero despues que salísteis de la caja le ví huir, le ví saltar por la ventana, grité, mas no me visteis. La profunda impresion de la desgracia que me tenía anonadado, y el considerar á ese infame causa de ella, hizo que sus facciones quedasen indeleblemente grabadas en mi memoria, porque las ví perfectamente al claro resplandor de la luna. En el colmo del dolor y de la desesperacion, subí á mi cuarto, y trasladé al lienzo la odiada imágen de ese malvado...

ARMAMDO. (¡Dios mio!)

DARCY. ¡Tiembla!

DUPERRIER. Quiero ver ese retrato...

DARCY. Mandad que la traigan.

LUISA. Sí, al instante.

ALBERTO. Es inútil... está en un lienzo pequeño que jamás he separado de mí.

ARMANDO. (*Aterrado*). Le trae consigo...

ALBERTO. Tomad, padre mio. ((*Saca un lienzo arrollado*).

DUPERRIER. }
ARMANDO. } (*Duperrier y Armando miran el retrato, y simultaneamente arrojan un grito*). ¡Ah!

DUPEREIER. ¡Gran Dios... qué veo! ¿Le conoceis?

ALBERTO. Dios deja siempre al inocente un camino de salvacion, por estraordinario que parezca.

DARCY. (*A Armando*). ¡Calla! Pues sois vos; ni mas ni menos.

LUISA. GENOVEVA. { ¡Qué dice!

ARMANDO. ¡Caballero... pensad lo que proferís!

DARCY. Vos y solo vos: á fé que á mí no se parece.

ALBERTO. Es él... entonces puedo hablar, puesto que el respeto á mi padre me había contenido. Ese infame, que ha ocasionado todas mis desgracias, es el mismo que osó insultar á mi querida Luisa hasta en los brazos de su esposo. La voz me lo ha dado á conocer... ese es el miserable, el infame...

DUPERRIER. ¡Alberto!

DARCY. ¡Amigo mio, por Dios, calmaos!

ALBERTO. ¡Oh! no me detengais: á falta de mi apagada vista, el ódio y la cólera me servirán de guia. (*Buscándole*).

DARCY. (*A Duperrier con toda energía*). Caballero, os declaro y aseguro que se pierde para siempre, que se está asesinando.

DUPERRIER. Alberto, en nombre de la paterna autoridad, os mando que salgais de aquí.

ALBERTO. (*Con fuerza*). Pero no comprendeis...

DUPERRIER. ¡Os lo mando!

ALBERTO. Os obedezco, padre mio, os obedezco.

DUPERRIER. Luisa, doctor, acompañadle y no le abandoneis.

ALBERTO. (*A Darcy*). ¡Oh amigo mio, aunque despues perezca, yo quiero ver, quiero ver un momento!

DARCY. Venid, venid; y Dios sea en nuestro auxilio.

ESCENA IX.

DUPERRIER. ARMANDO. GENOVEVA, *junto á la puerta por donde ha salido Alberto.*

DUPERRIER. ¿Estais confundido? No lo estraño: vos fuísteis el miserable que se introdujo en casa del que creíais vuestro padre para robarle, dejando pesar la calumnia sobre la cabeza de un inocente. ¡No teneis corazon!

ARMANDO. (*Recobrando su imprudencia*). ¿Y qué prueba positiva me culpa?

DUPERRIER. No habiéndoos visto jamás Alberto, ¿por qué causa milagrosa pudo copiar vuestras facciones?

ARMANDO. ¡Por qué no preguntais antes, por qué causa milagrosa pudo ese hombre pagar los treinta mil francos que habia perdido al juego?

GENOVEVA. ¡Los treinta mil francos!

DUPERRIER. ¡Qué! Sabeis...

ARMANDO. Todo lo sé por Remy, vuestro criado, que llevó al acreedor la suma, y que escuchó tambien las reconvenciones que á este propósito dirigisteis á *vuestro hijo*. (*Marcando las últimas palabras*).

GENOVEVA. (*A Duperrier*). Fácilmente puedo aclarar ese misterio.

ARMANDO. ¡Vos!

GENOVEVA. (*A Duperrier*). ¿No recordais que al despedirme de vos para marchar á Nimes en compañía de Luisa, me entregásteis sesenta mil francos, para cumplir, segun dijísteis, la voluntad de mi padre?

DUPERRIER. Es cierto, continuad.

GENOVEVA. Alberto me habia confiado la pérdida sufrida, y la causa, inocente en verdad, de tal desgracia. Para salvarle porque queria suicidarse...

DUPERRIER. ¡Dios mio!

GENOVEVA. Envié al acreedor de Alberto la cantidad en cuestion, sin decir nada á este.

DUPERRIER. ¡Tú hiciste tan noble accion, amada Genoveva! (¡Dios mio, os doy gracias... me habeis perdonado la muerte de su padre, puesto que habeis permitido que ella salve á mi hijo!)

GENOVEVA. Pero la precipitacion con que verifiqué mi marcha, me hizo cometer un error...

DUPERRIOR. Sí, sí, un billete que mandasteis de mas... pero ya todo está esplicado. (*Llamando*). ¡Alberto! ¡Alberto!..

ALBERTO. (*Dentro, con dolor, á alguna distancia*). ¡Ah!

GENOVEVA. ¡Dios mio! ¿Habeis oido?

DUPERRIER. Ese grito... (*Corre en direccion de la puerta por donbe entró Alberto*).

ESCENA. X.

DICHOS, *despues* TODOS.

LUISA. Deteneos, deteneos, señor.

DUPERRIER. Luisa...

LUISA. No habeis oido ese grito desgarrador...

DUPERRIER. Hablad, hablad.

LUISA. Darcy, cediendo á las instancias de Alberto, que de rodillas le suplicaba diciendo: «Devolvedme la vista, doctor, ó haced que con la muerte cesen mis horribles sufrimientos» ha accedido á su ferviente súplica. He visto á ese hombre noble, generoso y valiente, temblar, derramar lágrimas al hacer uso del pomo que iba á decidir nuestra suerte. Le he visto aproximar un pincel impregnado en el benéfico licor á los ojos de Alberto, despues he oido ese aterrador quejido, y temerosa, asombrada, he huido de allí.

ALBERTO. (*Entrando con rapidez. Darcy le sigue con una venda en la mano*). Dejadme, doctor, dejadme: os digo que ya veo, entendeis... ya veo, y... (*Repara en Duperrier*). ¡Ah! ¡Padre mio!

DUPERRIER. ¡Hijo!! (*Se abrazan*).

LUISA. (*Abraza á Darcy con efusion*). Vos me le habeis salvado, vos, querido amigo.

DARCY. Gracias, mil gracias, señora: hé aquí los mejores honorarios que recibí en mi vida.

ALBERTO. (*La estrecha con efusion las manos*). Querida Genoveva.

GENOVEVA. ¡Alberto!

LUISA. ¡Ah! (*Como inspirada.—Corre á donde está Julieta, y la presenta á su padre*).

DUPERRIER. Cálmate, hijo mio.

ALBERTO. Luisa mia, ¿es mi hija?.. (*Volviendo hácia Luisa repara en Julieta*). Dios mio, mi hija á quien jamás había visto... ¡qué hermosa es! (*Buscando en seguida á Armando con la vista*).

DARCY. Alberto, la divina Providencia se ha mostrado hoy con

vos altamente piadosa: no tratemos de abusar de su bondad. (*Cubriéndole los ojos con la venda*). Por fortuna, la oscuridad en que durante algunos dias vais á vivir, será pasajera, de esto os respondo. (*Sonriendo y mirando á Duperrier*). Me prometo que sereis mas dócil enfermo que vuestro padre. (*Despues de arreglar la venda, coje ó Armando de un brazo, y trayéndole al proscenio dice*). Caballero, acabo de hacer una prodigiosa operaciou... voy á intentar otra con vos y cuente que hoy, á Dios gracias, tengo muy certera la mano.

(*Luisa pone en brazos de Alberto á Julieta, y permanece observando, asida de Genoveva. Duperrier eleva las manos como para bendecirlos*).

FIN DEL DRAMA.

Los pobres de Maridd.
Libertinaje y pasion.
Libertad en la cadena.
La planta exótica.
La paloma y los halcones.
Las mujeres.
La gratitud y el amor.
¡Llegó el martes!
La gratitud de un bandido, ó 2.ª p. de D. Corrientes.
La batalla de Covadonga.
La estrella de la esperanza.
Los lazos de la familia.
La mariposa.
Los quid pro quos.
La cuenta del zapatero.
La mala semilla.
La huella del pecado.
Los maridos.
La hipocresía del vicio.
La caza del gallo.
La frutera de Murillo.
La piel de leon.
La campana de la Almudaina
Los tres banqueros.
Mi mamá.
Mal de ojo.
Mariana Labarlú.
Mucho ruido y pocas nueces.
Martin Zurbano.
Mocedades.
Marta y Maria.
Mentiras y dulces.
Negro y blanco.
Ninguno se entiende, ó un hombre tímido.
Nobleza contra nobleza.
No es oro todo lo que reluce.
Nuevo método de buscar marido
Olimpia.
Ocho mil doscientas mujeres por dos cuartos.
Paco y Manuela.
Pescar á rio revuelto.
Por ella y por él.
Por una hija!...
Propósito de enmienda.
Para heridas la de honor, ó el desagravio del Cid.
Por la puerta del jardin.
Poderoso caballero es D. Dinero
Pelayo.
Quien mucho abarca.
¡Qué suerte la mia!
¡Quién vive!
¿Quién es el autor?
Quien mal anda mal acaba.
Rival y amigo.
¡Rico... de amor!
Su imágen.
Similia similibus curantur, ó un clavo saca otro clavo.
San Isidro (*P. de Madrid.*)
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.
Se salvó el honor.
¡Solo en el mundo!!
Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.
Tres damas para un galan.
Un amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas.
Un huésped del otro mundo
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco.
Un par de guantes.
Una ráfaga.
Uno de tantos.
Una noche en Trifuequc.
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.
Un dia de prueba.
Una renta vitalicia.
Una renta y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Una broma de Quevedo.
Un sí y un no.
Una Vírgen de Murillo.
Una aventura de Tirso.
Una lágrima y un beso
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Un señor de horca y cuchillo
Una equivocacion.
Un retrato á quema-ropa.
Un cuerdo loco y un loco cuerdo.
Ver y no ver.
Veróades amargas.
Zamarrilla, ó los bandidos de la Serranía de Ronda.

ZARZUELAS.

Angélica y Medoro.
Armas de buena ley.
Aidé: *Música.*
Azon Vizconti.
A cual mas feo.
Buenas noches, vecino.
Beltran el aventurero.
Claveyina la Gitana.
Cupido y Marte.
Cosas de D. Juan.
Cuando ahorcaron á Quevedo.
Cegar para ver.
Céfiro y Flora.
Don Crisanto ó el Alcalde proveedor.
Don Sisenando.
El doctrino.
El ensayo de una ópera.
El grumete.
El calesero y la majá.
El Vizconde.
El perro del hortelano.
El secuestro de un difunto.
El lancero.
El delirio: *drama lírico.*
El dominó azul.
Enredos de carnaval.
El postillon de la Rioja: *Música.*
El mundo á escape.
El novio pasado por agua: *Música.*
El diablo en el poder.
El esclavo.
El relámpago.
El Vizconde de Letorieres.
El capitan español.
El último mono.
El leon en la ratonera.
El zuavo.
Farmelli.
Guerra á muerte.
Giralda.
Juan Lanas.
La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa ó el suegro ómnibus.
Las bodas de Juanita: *Música.*
Los dos Flamantes.
La vergonzosa en Palacio.
La dama del rey.
La Colegiala.
La espada de Bernardo.
La cacería real.
Los conspiradores.
La modista.
La huérfana.
La Jardinera.
La hija de la Providencia.
La Roca negra
Los jardines del Buen Retiro
Loco de amor y en la córte.
Los diamantes de la Corona
La pensionista.
La guerra de los sombreros
La venta encantada.
La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.
Mateo y Matea.
Mentir á tiempo: *Música.*
Marina.
Moreto: *Música.*
Nadie toque á la Reina.
Pedro y Catalina.
Por conquista.
¡Quien manda, manda!
Simon y Judas.
Tres madres para una hija.
Tres para una.
Un sobrino.
Un dia de reinado.
Un pleito.
Un cocinero.
Una guerra de familia.
Un Zapatero.
Un primo.

La Direccion de EL TEATRO se halla establecida en Madrid, calle del Pez, número 40, cuarto segundo de la izquierda.

PUNTOS DE

3 0112 117472065

MADRID: Librería de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra	Robles.
Albacete	Perez.
Alcoy	Martí.
Algeciras	Almenara.
Alicante	Ibarra.
Almería	Alvarez.
Avila	Palomares.
Badajoz	Rino.
Barcelona	Hered.ª de Mayol.
Idem	Cerdá.
Béjar	Coron.
Bilbao	Astuy.
Búrgos	Hervias.
Cáceres	Valiente.
Cádiz	V. de Moraleda.
Cartagena	Muñoz García.
Castellon	Perales.
Ceuta	Molina.
Ciudad-Real	Arellano.
Ciudad-Rodrigo	Tejada.
Córdoba	Lozano.
Coruña	García Alvarez.
Cuenca	Mariana.
Ecija	García.
Ferrol	Taxonera.
Figueras	Bosch.
Gerona	Dorca.
Gijon	Crespo y Cruz.
Granada	Zamora.
Guadalajara	Oñana.
Habana	Charlain y Feruz.
Haro	Quintana.
Huelva	Osorno.
Huesca	Guillen.
I. de Puerto-Rico	Mestre.
Jaen	Hidalgo.
Jerez	Alvarez.
Leon	Viuda de Miñon.
Lérida	Sol.
Logroño	Verdejo.
Lorca	Gomez.
Lucena	Cabeza.
Lugo	Viuda de Pujol.
Mahon	Vinent.
Málaga	Taboadela.
Idem	Cañavate.
Mataró	Abadal.
Murcia	Hered. de Andrion.
Orense	Robles.
Orihuela	Berruezo.
Osuna	Montero.
Oviedo	Mántaras.
Palencia	Gutierrez é hijos.
Palma	Gelabert.
Pamplona	Barrena.
Pontevedra	Verea y Vila.
Pto. de Sta. María	Valderrama.
Reus	Prius.
Ronda	Gutierrez.
Salamanca	Huebra.
San Fernando	Meneses.
Saulúcar	Esper.
Santa Cruz de Tenerife	Powor.
Santander	Laparte.
Santiago	Escribano.
San Sebastian	Garralda.
Segorbe	Mengol.
Segovia	Salcedo.
Sevilla	Alvarez y Comp.ª
Soria	Rioja.
Talavera	Castro.
Tarragona	Pujol.
Teruel	Baquedano.
Toledo	Hernandez.
Toro	Tejedor.
Valencia	Moles.
Valladolid	H. de Rodriguez.
Vigo	Fernandez Dios.
Villan.ª y Geltrú	Creus.
Vitoria	Galindo.
Ubeda	C. Treviño.
Zamora	Fuertes.
Zaragoza	V. de Heredia.